

A stylized illustration of a person's legs from the waist down. The person is wearing a red skirt and white tights with small red hearts scattered across them. The feet are also red. The background is black.

# *Cómmenne mejor*

by Caperucita Golfa

Natalia Olmedo

# Cómeme mejor

by Caperucita Golfa

Natalia Olmedo



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

*Título original:* Cómeme mejor by Caperucita Golfa

Natalia Olmedo©, febrero 2018

Ediciones Chick Book

*Diseño de portada:* Nina Minina

*Maquetación:* Nina Minina

*ISBN -*

*ISBN -*

A Caperucita, por susurrarme  
su historia al oído.

# 1

---

Érase una vez, hace mucho tiempo, una bonita joven a la que llamaban Caperucita. La llamaban así porque su abuelita, a quien ella quería mucho, le había tejido una caperuza roja para resguardarse del frío.

Cada día, Caperucita atravesaba el bosque para ir a casa de su abuelita. Siempre llevaba una cesta consigo para dársela a su anciana abuela en la que le llevaba miel, frutas, sopa y pan. No obstante, Caperucita debía seguir día tras día, las indicaciones que le daba su madre respecto al camino.

—Has de caminar con cuidado, Caperucita. No olvides que no debes desviarte del camino, eres una joven muy despistada —le advertía su madre.

Caperucita ponía los ojos en blanco cada vez que escuchaba las mismas palabras.

«Esta madre mía... ¿Acaso se piensa que soy idiota? ¿Tal vez sorda?», pensaba cada tarde antes de partir. Pero su madre no se equivocaba al advertirle. O quizá, sí.

Un día, después de escuchar la misma verborrea por parte de su madre, Caperucita, cansada de oírla, no le contestó y salió de malos modos de su casa. Aquello terminaría, se iría a vivir a casa de la abuelita y así mataría dos pájaros de un tiro: se libraría de su madre y le haría compañía a su abuela cada día.

—¡Y no hables con extraños! ¡Evita al lobo!

La joven resopló y se encaminó, cesta en mano, hacia casa de la abuelita.

Por el camino, con cada paso que daba, se frustraba más a pesar de ya haber tomado la decisión de marcharse.

—¿Que no hable con extraños? ¡¿Qué pretende esta tía?! ¡¿Que sea antisocial?! —vociferaba para ella sola—. ¡Qué pesada! ¿Que evite al lobo? ¿Ese animalejo peludo y dientudo? Por favor... ¡Pero si jamás le he visto!

Iba tan ensimismada, que no se dio cuenta de que alguien había aparecido en

su camino y caminaba junto a ella.

—¡Ah, querida! —escuchó que alguien exclamaba a su lado.

Caperucita se paró en seco y miró hacia su derecha. Una pequeña mujer con una bata de cuadros escoceses, zapatillas de estar por casa y sombrero puntiagudo de color morado la estaba mirando.

—¿Quién es usted?

—La Bruja Piruja.

—¿Quién? ¡Bah! ¿Qué más da? No puedo hablar con extraños. Y estoy cabreada —le espetó mientras aceleraba el paso y marcaba un constante ruidito con sus botas sobre la tierra.

—Pues para no poder... bien que me contestas —le dijo la bruja—. ¡Soy tu conciencia, nena! Está claro que, si no te sereno yo, le tirarás a tu pobre abuela la cesta que le llevas a la cara.

—¿Mi qué?

—Tu conciencia. Esa vocecilla interior que...

—De verdad, señora...tengo prisa.

—¡Oye, bonita!

—Tengo nombre —le dijo mientras seguía caminando.

—Ah, ya. Capucheta...

Caperucita la miró arqueando una ceja.

La Bruja Piruja la observó también, dándose cuenta de que se había equivocado con su nombre. ¡Jodida memoria! ¡Cada vez peor!

—¿Capita? —volvió a probar.

Caperucita seguía observándola, escéptica.

—¿Capirota? ¿Capurecita?

—Casi —le dijo burlona.

—¡Ah! ¡Ya lo tengo! ¡Caperucita!

—Bien...

La Bruja Piruja no se tomó nada bien la contestación de la joven y se enfadó.

—¡Oye, niña! ¡No me hables así...! ¡Soy mayor que tú!

—¿Y qué? Ya le he dicho que no he de hablar con desconocidos y que tengo prisa —le contestó acelerando aún más el paso.

¡Y tanto que lo aceleró! Más, siendo la Bruja Piruja una anciana, siguió las rápidas pisadas de la joven mientras hablaba para sí en voz alta:

—La niña esta de las narices... ¡Me va a volver loca del coño al final! ¿Por qué serán tan difíciles estas chiquillas? ¡Con Blancaliente fue más fácil!

Pero, después de una carrera muy costosa para Piruja, consiguió alcanzar a Caperucita.

—¿Quieres esperar? —le pidió.

Caperucita resopló sonoramente y paró.

—¿Qué es lo que quiere?

—¿Estás segura de que quieres irte a vivir con la abuelita?

—¿Cómo sabe...?

—Ya te lo he dicho. Soy tu conciencia —le dijo Piruja guiñándole un ojo.

—Sí. Ya he tomado la decisión.

Un pitido avisó a Caperucita de que tenía un mensaje en su teléfono móvil.

—Perdone, tengo que leer el mensaje. ¡Ah! Es de mi novio. A ver qué quiere...

La Brujita asintió con la cabeza y esperó a que la joven leyese el mensaje. Pero, de repente, la chica rompió a llorar y, si no llega Piruja a coger la cesta que llevaba en las manos, esta se hubiera estampado contra el suelo.

—¿Cape? ¿Qué te pasa, querida? ¿Qué ocurre?

Caperucita salió del camino corriendo a pequeños pasitos y se sentó en el tronco de un árbol partido.

Estaba destrozada, le habían partido el corazón y no encontraba ningún consuelo, al menos por el momento.

Piruja se acercó a ella y se sentó a su lado.

—Déjame un ladito, que yo no tengo tu tipazo y en este hueco tan pequeño no me cabe el culo... —le dijo la Brujita, quien consiguió arrancar un esbozo de sonrisa en los labios de la chica.

—Así está mejor. Y bien... Cuéntame qué es lo que ocurre.

—Es mi novio... —dijo Cape en un puchero mientras se sorbía los mocos—. Me ha dejado... me ha dicho no sé qué cosa del destino. Ha dicho que necesita un tiempo.

Piruja puso los ojos en blanco y acarició la cabeza de Caperucita por encima de su capa. Le tenía cariño a esa joven locuela, y haría todo lo que estuviese en su mano para ayudarla en sus decisiones.

Pensó seriamente que ese novio del que hablaba Cape no estaba bien de la cabeza por dejar escapar a una joven tan bonita como ella. Tenía unos ojos muy expresivos del color de la miel y un cabello colmado de rizos que con los rayos del sol se tornaba cobrizo.

Caperucita era realmente bonita. Un poco descarada y contestona, pero bonita a fin de cuentas. Y lo mejor que podía hacer era creérselo. Creerse por

ella misma, que valía tanto que no tenía precio.

Comprendió que esa sería su misión con Cape a partir de ahora: conseguir que ella creyera en sí misma. Porque, todos sabemos, que después de una ruptura te quedas hecho un moco y con la moral y la autoestima por los suelos.

—Cielo, si ese chico quiere tiempo, dáselo. Tú no puedes obligar a nadie a que esté contigo. Quien quiera estar en tu vida hará lo imposible por hacerlo y, quien no, bueno, ahí tienes el resultado. Déjale que se coma la cabeza con sus tonterías del destino y lo que quiera... Pero te voy a decir algo: del destino no se puede escapar, está escrito.

Caperucita la miró mientras la Bruja Piruja le contaba todo aquello. Quizá aquella anciana, a la que le estaba cogiendo un poco de cariño, tuviera razón.

—¡Pero yo le quería! Bueno, y le sigo queriendo...

—El amor tiene fecha de caducidad, Cape. Tienes que levantarte y empezar a comprender...

—¿Comprender qué?

—Las cosas pasan porque tienen que pasar, siempre hay una razón oculta que al principio no vemos. Pero luego, más adelante, hallamos la respuesta a las preguntas que nos hicimos tiempo atrás, cuando sucedió algo que no nos gustaba o nos hizo daño. Olvidarás a ese chico.

—Pero... yo pensaba que el amor nunca se acababa. ¿Acaso él ya no me quiere?

—Eso no lo sé, cielo. Pero sí te puedo decir que el amor acaba cuando no es verdadero. El único amor que nunca termina, que nunca caduca, es el verdadero. Él no es tu amor verdadero, por eso ha pasado esto.

Caperucita asintió, aunque poco convencida, pues la realidad era que no entendía del todo bien aquello que la anciana le estaba contando. Se enjugó las lágrimas con una servilleta que sacó de la cesta y se puso en pie.

—Eso es —le dijo la Brujita, poniéndose de pie también—. Debes recuperarte, no te vengas abajo por esto. Tienes que seguir con tu vida porque tú vales mucho, Cape. Y, si ese chico no ve tu valía, seguro que otro sí lo hará —añadió sonriendo.

Caperucita le devolvió la sonrisa con los ojos llenos de lágrimas.

—Siento cómo le he hablado antes... estaba enfadada con mi madre. Siempre me dice lo que tengo que hacer y cada día son las mismas palabras antes de adentrarme en el bosque para ver a mi abuelita. Ya no soy una niña —le explicó.

—No importa, perdonada —le dijo Piruja, dándole un codazo de forma



cariñosa—. Tu madre quiere lo mejor para ti, querida. Es normal que te diga las cosas tantas veces como hagan falta.

—Eso lo entiendo. ¿Me acompañas a casa de mi abuelita? Y así me sigues contando más cosas.

—Claro, nena. Tu problema es que oyes, pero no escuchas y deberías hacerlo más. Tú misma me estás pidiendo que te cuente cuando, hace pocos minutos, casi me echas del camino a patadas.

—Lo siento, de veras —se disculpó de nuevo Caperucita.

—Calla, tonta. Prosigamos el camino.

La Bruja Piruja y Caperucita siguieron el camino hasta la casa de la abuelita con los brazos entrelazados.

Aunque Piruja intentaba animar a la desanimada Cape, esta había momentos en lo que era inconsolable y lloraba sin parar.

No paraba de pensar y acordarse de su novio y eso la atormentaba. ¿Por qué la había dejado? ¿Acaso era cierto que ya no la quería? ¡Pero ella sí lo quería a él!

Piruja, en su papel de conciencia, intentó consolar a Caperucita todo lo que pudo hasta llegar a casa de la abuelita.

## 2

---

Se encontraban en el principio del camino de piedra privado. El pequeño sendero de piedras planas y ovaladas guiaba serpenteando hasta la cabaña de la abuelita. A ras de las piedras, pequeñas flores silvestres de todos los colores imaginables crecían salvajes de la tierra fértil. La hierba, fresca y húmeda, también crecía por los terrenos de la abuelita y, esta con mucho empeño, la cuidaba para que no crecieran hierbajos feos.

Al fin del camino, se alzaba la cuca cabaña de madera y paja en la que vivía la abuelita. A Caperucita le encantaba estar allí, así que contemplar aquel espacio que tanto le gustaba, fortaleció su decisión de vivir con la abuela.

—Bueno, querida. Ya hemos llegado. Sé buena con tu abuela y cuéntale lo que sucede, ella te entenderá y sabrá ayudarte —le dijo Piruja mientras acariciaba las manos de la joven, dándole ánimos alentadores.

—Gracias, Piruja. Gracias por tus ánimos y consejos. ¿Cuándo volveré a verte?

—Siempre que tus pensamientos sean desagradables.

Cape emitió una leve carcajada y dijo:

—Entonces será muy a menudo. Ya sabes que soy una malhumorada contestona.

La Bruja Piruja le dio un apretón cariñoso en las manos y con un ¡PAF! desapareció.

Caperucita, en ese momento, ante el camino de piedra, se sintió algo más reconfortada que minutos antes. Decidida, caminó hasta la cabaña. Seguro que estar con su abuelita la ponía mejor.

Tocó con los nudillos en la puerta de madera y poco tiempo después su abuela la recibió.

—Hola, pequeña. ¡Uy! ¿Has estado llorando? —le preguntó la abuelita

cuando abrió la puerta.

Entonces esa seguridad y esa decisión que la habían embargado instantes antes de llamar a la puerta se desvanecieron como si nada.

La joven rompió en llanto de nuevo, preocupando a su abuela.

—Pero, Cape... Querida, ¿qué sucede?

La abuelita la hizo pasar después de quitarle la cesta que llevaba de las manos y la acompañó a una de las butacas junto al fuego de la chimenea.

—¿Por qué estás llorando? ¿Qué ocurre, niña?

Caperucita se sorbió los mocos sonoramente y, entre pucheros, intentó contestarle a la anciana:

—Pues... que Genius me ha dejado, abuelita. Me ha dicho que necesita tiempo por no sé qué cosa del destino y yo... yo...

La abuelita asintió, comprendiendo, mientras le acariciaba la cabeza a su nieta.

—Entiendo.

—No, abuelita. Tú no lo entiendes... yo le quiero.

—¿Piensas acaso que yo no sé lo que es el amor?

—¡No! No he querido decir eso... Es solo que...

—Yo también me enamoré siendo una joven como tú.

—¿Del abuelo?

—No, de otro hombre. Un joven que me robó el corazón... Era muy apuesto y encantador. Vivía en la casita de al lado de donde vivía yo. Nos conocíamos desde niños y yo me quedé prendada de él.

Caperucita asentía escuchando la historia de su abuela con los ojos abiertos como platos.

—¿Y qué sucedió? —le preguntó.

—Se prometió con otra mujer y me dejó. En esos tiempos solían haber matrimonios de conveniencia. Por lo visto, la otra muchacha podía ofrecer mucho a la familia del chico, así que... el dinero pudo más que nuestro amor.

—¿Crees que él te amaba?

La abuelita soltó una risita.

—No.

—¿Cómo que no? Él te dejó porque sus padres convinieron un matrimonio con la otra joven. Yo creo que sí te amaba, solo que no tuvo elección.

—Tal vez no tuviera elección, pero sé que no me amaba porque después tu abuelo me demostró lo que era el amor de verdad y, te puedo asegurar, pequeña, que no era el que ese joven me profesó.

La abuelita le sonrió.

—¿Y qué tengo que sacar yo de todo esto?

—Pues que ese chico no te quiere ni te valora como te había hecho creer.

Caperucita asintió tristemente y bajó la vista al suelo.

—Pero —prosiguió la abuelita al tiempo que le cogía la mano a Cape—, eso no quiere decir que no haya alguien esperándote ahí fuera que sí que esté dispuesto a valorarte y quererte como tú te mereces.

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. El mundo está lleno de personas buenas, Cape, aunque parezca mentira. Y, hoy por hoy, todavía existen muchachos de buen corazón, por suerte. Y, aunque son muy pocos y escasean, estoy segura de que tú te llevarás a uno de ellos.

La abuelita volvió a sonreírle con dulzura y consiguió que Cape se limpiara las lágrimas y lo hiciera también.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, abuelita. ¿Quieres que comamos lo que te he traído?

—Claro. Me encanta degustar todo lo que me traes en tu compañía. A tu madre no se le va la costumbre de hacerme cosas cada día. Por cierto, ¿cómo está?

La joven sintió un nudo en la garganta. Debía contarle a la abuelita que había tomado la decisión de irse de casa de su madre para vivir con ella en la cabaña. Con todo el lío de Genius, se había olvidado de aquello por completo.

—Verás, abuelita...

—¿Ha sucedido algo? ¿Tu madre está bien? —demandó la abuelita asustada.

—Sí, sí, no se trata de eso. Tranquila. Es solo que...

—¿Qué?

—¡He pensado en venir aquí a vivir contigo! —exclamó—. ¿Qué te parece la idea?

—¿Y dejar a tu madre?

—No es dejarla, abuela... Es que es muy pesada, muy mandona y... me tiene harta.

—Es tu madre, Caperucita. Has de obedecerla. Ella solo quiere tu bien.

—Lo sé. Pero yo ya no soy una niña y ella me sigue tratando como tal. ¡Ni siquiera me deja ir a la discoteca con mis amigas!

La abuelita se rio.

—¿Te hace gracia? Porque a mí no me hace ni pizca.

—No, querida, no es eso. Es solo que mi hija cada vez se parece más a mí cuando yo tenía su edad. Es normal que sea así... pero debería dejarte más libertad.

—¿Lo ves? Yo tenía razón.

—Aun así, no estoy demasiado de acuerdo en que dejes a tu madre para venir aquí, Cape.

El entusiasmo de la joven se hizo pedazos. Pensaba que su abuela la apoyaría con la idea de mudarse a la cabaña, pero por lo visto ese deseo no le sería concedido. Menudo día llevaba...

—¿Por qué no?

—Porque tú vives allí con ella.

—Pero ese no es mi hogar, abuelita. Mi hogar está aquí, en la cabaña, contigo.

Aquellas palabras enternecieron tanto a la abuelita que terminó cediendo. Si bien, puso una condición a Caperucita.

—Tienes el don de la palabrería, bichito —le dijo—. Me has convencido.

Caperucita dio un saltito en el aire al tiempo que daba palmadas y, cuando se dispuso a acercarse a su abuelita para abrazarla, esta la detuvo.

—No he terminado. Tengo una condición.

—¿Cuál es?

—Será temporal. Tienes que estar con tu madre. Podrás quedarte un tiempo, para airearte y esas cosas. Hasta que te calmes y olvides a... Brutus o como se llame.

—Genius, abuelita.

—Lo que sea... —añadió la anciana poniendo los ojos en blanco.

—Vale, me conformo, mejor eso que nada. ¿Nos atiborramos? —le dijo a su abuela sonriendo.

Ambas, nieta y abuela, comenzaron a dar cuenta de la sopa, el pan y la miel que Caperucita había traído en su cesta. Después, comieron de postre las diferentes frutas que ponían el broche final al banquete.

### 3

---

Caperucita le dejó su teléfono móvil a la abuelita para que esta hablase con su madre acerca de su mudanza temporal. La anciana, de forma hábil, convenció a su hija de que a la joven le vendría bien cambiar durante un tiempo de aires. No obstante, no mencionó la ruptura de su nieta con aquel muchacho, pues aquello era algo que, de ser contado, sería por la propia Caperucita.

—¿Por qué no sales esta noche con tus amigas? —le propuso a su nieta una vez se encontraron junto al fuego, disfrutando del calor que obsequiaba la chimenea.

—¿Sí? ¿Me dejas ir, abuela?

—Sí, si no vienes tarde. Confío en que te sepas cuidar. Además, debes darte una alegría para olvidar al Rufus ese.

—Se llama Genius, abuelita. Y sí, tienes razón. Hablaré con las princesas a ver qué dicen.

La chica estuvo hablando varios minutos con cada una de sus amigas y, al final, decidieron salir esa noche a tomar algo.

Una vez hubo terminado la conversación, sacó del armario de la abuelita un viejo vestido que estaba modificando.

Le encantaba modificar ropa. Caperucita estudiaba diseño de moda y, aunque ahora se encontraba de vacaciones, debía ponerse al día y seguir practicando, pues había suspendido un par de asignaturas.

Desde que comenzó a estudiar aquello que tanto le apasionaba, cosía y descosía prendas de ropa. Las modificaba a su gusto y las customizaba para que fueran más *cool*.

Poco tiempo después de cerciorarse de que aquello se le daba bien, fue subiendo a eBay cada prenda que confeccionaba y las vendía.

Tenía su propia marca de ropa en la red: New Vintage, y eso la hacía

sentirse orgullosa de ella misma.

Cuando terminó, pues apenas tardó una hora en modificar los adornos de aquel vestido; muy contenta, se lo puso y, calzándose de nuevo sus botitas de tacón, se aventuró en el bosque.

Durante el trayecto, tan sólo se escuchaba el repiqueteo de sus botas sobre la tierra y los ruidos nocturnos del bosque.

Conforme caminaba, se iba dando cuenta de que, vivir con la abuelita tenía algún que otro inconveniente. Como, por ejemplo... ¡Tener que andar hasta el pueblo y que los putos tacones se clavaran en el barro!

Caperucita resopló apenada y cabreada mientras sacaba uno de sus tacones que se había quedado anclado en la tierra mojada. ¿Por qué le pasaba todo a ella?

¡Encima llegaría tarde porque por allí no pasaba ni un maldito autobús!

«¡Oh, Señor...! ¿Qué carajo hice en la otra vida para sufrir ahora tus castigos?», pensaba mientras seguía su camino.

Caminaba con tranquilidad, pues por mucho que su madre le advirtiera de los peligros del bosque, a ella nunca le había pasado nada. Además, si andaba con rapidez, los tacones corrían peor peligro al hundirse en el barro.

Una mano grande, caliente y humana, tapó su boca. Y, aunque lo hizo con suavidad, ella se asustó.

La llevó a rastras hacía un conjunto de árboles y la apoyó sobre el tronco de uno de ellos. Liberó sus labios del agarre de su mano, pero con su propio cuerpo, pegado al de la joven y sujetándole ambos brazos con sus manos, impedía que esta moviese un músculo. La tenía presa.

Caperucita respiró con dificultad mientras se recuperaba del susto cuando vio su boca liberada.

—¿Qué haces? ¿Quién eres? ¡¿Acaso te imaginas el susto que me has dado?! ¡Casi me cago en las bragas!

—Mmm, demasiado escatológico —le contestó el joven—. Tranquila, no quiero hacerte daño. De verdad, no quiero hacerte daño.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¡No he de hablar con extraños! —le repitió ella.

—No soy un extraño. Llevo siguiendo tus pasos estos últimos días —le dijo burlón—. Por cierto —siguió hablando el joven—, ¿le has visto?

—¿Y qué haces siguiéndome? ¿Qué? ¿A quién?

—Yo... bueno... solo, solo quería hacerte una pregunta. —El chico parecía ansioso y mostraba una leve histeria cuando hablaba—. ¿Has visto quién me seguía?

—¿Y ahora te pones nervioso? Tartamudeas y todo, guapito —apuntó ella—. ¿A quién tendría que haber visto?

Porque... guapito era un rato el chaval. Estaba cañón. Atlético, piernas eternas, ojos verdes y barba de tres días.

—Tú sí que eres guapa —le contestó acercándose a su rostro.

—Ya, bueno. Ni se te ocurra acercarte más. Te lo pido por favor.

El chico soltó una carcajada tan sexy que Caperucita apretó sus piernas para no sentir la punzada de excitación en su bajo vientre.

—Te tengo controlada, nena. Vale, ahora en serio... ¿Le has visto?

—¿A quién?! ¡Mira tío, me estás rayando! —Caperucita comenzaba a exasperarse con aquel chico tan extraño.

En ese momento, su teléfono móvil comenzó a sonar. Genial, llegaba tarde y seguro que era alguna de sus amigas para echarle la bronca por ello, y con toda la razón, pues se estaba retrasando muchísimo.

El chico se puso realmente nervioso con el sonido del móvil y comenzó a mirar a un lado y a otro.

—¿Podrías apagar ese cacharro?

—Lo haré cuando me sueltes.

El chico resopló y apartó su cuerpo de ella, liberándola.

—Uff, muchas gracias, empezaba a tener varias partes del cuerpo entumecidas.

Acto seguido, la muchacha descolgó la llamada y habló con su amiga Blanca.

—Lo sé, lo sé, tía, lo siento. Siento llegar tan tarde, pero me ha surgido un... —le explicaba mientras observaba al joven—. Imprevisto, sí. De acuerdo, me doy prisa.

—Apaga eso y guarda silencio. Creo que está por aquí —le advirtió el chico.

—¿Pero de quién estás hablando? Oye, me estás empezando a preocupar... ¿Tomas drogas?

—¿Qué? ¡No! Nos va a encontrar.

—¿Quién?

—Él.

—¿Quién es él?



—El que me busca.

Caperucita le miró arqueando una ceja.

—¿Seguro que estás bien? ¿Sufres síndrome de abstinencia?

—¿Por qué eres tan cansina? Te estoy diciendo la verdad.

—¿Pero es que yo no he visto a nadie!

—Shhhh. —El chico apoyó su dedo índice en los labios de Cape y ella guardó silencio.

—Dime tu nombre al menos —le susurró la chica.

—Wolf.

—¿Pero eso no es...?

Pero el chico le dio un rápido beso en la mejilla y desapareció en una carrera.

¡Mierda! ¿Por qué todo el mundo desaparece cuando habla conmigo?

Caperucita zarandó rápida y enérgicamente la cabeza a ambos lados como si quisiera liberarse de un molesto moscón. Aquel chico le había roto todos sus esquemas en tan solo unos pocos minutos. ¿Quién decía que le perseguía? Ella no se había cruzado con nadie en el camino.

Seguro que ese chico le había mentido y tomaba drogas de verdad. Mejor así, mejor que se hubiese dado a la fuga. La abuelita le pidió que se cuidara y, encontrándose con un chico que tomaba drogas por el camino, seguro que no había sido una buena forma de empezar la noche.

Volvió de nuevo al camino y aligeró sus pasos, llegaba extremadamente tarde y sus amigas la estaban esperando.

## 4

---

Cuando llegó al centro de la ciudad, Blanca y Bella la estaban esperando en la puerta del pub donde habían dicho que se verían.

—¡Tía! —la saludó Blanca con la mano—. ¡Ya era hora! Pensábamos que te habías perdido por el camino.

—Lo siento, Blanca. He tenido un imprevisto cuando venía hacia aquí.

Bella se acercó a ella para darle dos besos a modo de saludo.

—¿Un imprevisto? ¿Qué clase de imprevisto? —le preguntó.

—Eso —añadió Blanca—. ¿Te ha entrado un apretón por el camino y has tenido que parar detrás de un árbol o algo así? —le dijo conteniendo una carcajada.

Caperucita puso los ojos en blanco en un principio, pero acto seguido se contagió de las risas de sus amigas.

—No. Ya sabéis que yo salgo de casa con todo hecho. Ha sido muy extraño...

—¿Entonces? Te ha venido la roja... seguro —le dijo Blanca entre risas mientras volvía a colocarle la capucha de color rojo en la cabeza.

—Tomemos algo aquí dentro y os lo cuento —le dijo quitándose de nuevo la caperuza y señalando la entrada del pub.

Cape y sus amigas se adentraron en el antro y pidieron una cerveza cada una.

—Vamos... cuéntanos —la animó Bella.

—Iba caminando por el bosque, de camino hacia aquí y mis botas se han anclado en el barro y no sé por qué mi madre insiste tanto en que no hable con extraños si nunca sucede nada... —comenzó ella.

—Al grano, reina. Que no tenemos toda la noche —la cortó Blanca para después dar un trago a su botellín de cerveza.

Cape la miró de forma reprobatoria pero decidió hacerle caso:

—Pues eso, iba yo tan tranquila cuando un chico me ha apesadado con sus propias manos tapándome la boca.

—¿Qué? ¿Qué quería? ¿Te lo has tirado? —le preguntó Blanca ansiosa.

—¿Qué estás diciendo? ¡Por supuesto que no!

—Eso... ¿Qué dices, Blanca? ¡Cape está con Genius! —Bella parecía igual de ofendida que Cape.

—Bueno...eso, eso no es así del todo.

—A ver... que me estoy haciendo la picha un lío. ¿Te lo has tirado? ¿Estás con Genius? ¿Era Genius el que quería rellenarte como a un perrito caliente?

Caperucita comenzó a exasperarse. Blanca a veces conseguía sacarla de sus casillas con una rapidez asombrosa.

—¡Blanca, basta! Relax, ¿vale?

Blancaliente hizo como si cerrase su boca con una llave y la tirase al mar. Acto seguido, le hizo una reverencia burlona con la mano para que la chica siguiese hablando.

—Veamos... por partes ¿De acuerdo? Punto número uno: no estoy con Genius. Punto número dos: nadie me ha rellenado como si fuese un perrito caliente y punto número tres: no era Genius quien pensáis que quería hacer eso.

Dicho esto, expulsó el aire que parecía haber estado conteniendo mientras decía aquello.

—Pues yo me he quedado igual —apuntó Bella.

—¡Es que sois demasiado ansiosas! No me interrumpáis y os contaré todo.

Las dos princesas amigas de Cape asintieron y guardaron silencio para que ella reanudara la conversación:

—No estoy con Genius porque me ha dejado. Me ha dicho que necesita tiempo porque el destino bla, bla y más bla.

Las chicas se quedaron en silencio después de esa confesión.

—Ese es un gilipollas —dijo por fin Blanca.

—Integral, además —añadió Bella.

Cape asintió tristemente.

—Pídete otra y brindemos por la tontería que ha hecho ese mamón —le dijo Blanca mientras levantaba la cerveza en alto para que la camarera de la barra preparara tres cervezas más.

Las tres chicas apuraron de unos cuantos tragos lo que restaba de las primeras que habían pedido y Bella se acercó a la barra a por la segunda ronda.

—Por el mamón de Genius —dijo alzando su botellín.

Aquel brindis consiguió que Caperucita sonriera otra vez.

—¿Y bien? ¿Entonces quién ha sido la persona que te ha atrapado?

—No sé quién es —confesó la chica—, pero me ha dejado tocada.

—¿Y eso por qué? ¿Era raro? ¿Oía mal? ¿Era feo? ¿Te ha estado siguiendo? ¿Está bueno? Si está bueno, preséntamelo —Fue Blanca, por supuesto.

Caperucita resopló. Demasiadas preguntas.

—Pues porque fue todo muy extraño. Me llevó hasta un árbol, sacándome del camino, mientras tapaba mi boca y mi nariz con su mano. Una vez allí, me dijo que no me quería hacer daño y que solo quería preguntarme si había visto a quien le estaba siguiendo. Pero yo no vi a nadie. Él me dijo que no, pero... yo creo que se había drogado.

Las dos chicas la observaban atentamente con los ojos muy abiertos mientras escuchaban la historia de su amiga. Ninguna la interrumpió y Cape siguió hablando para contestar a las preguntas de Blanca.

—No, no era raro. Él no, pero su comportamiento sí, por eso pienso que fuma canutos o algo. No oía mal, oía... oía como a... bosque. Sí, a bosque, delicioso. —Acto seguido se arrepintió de hacerle a sus amigas esa última revelación, pero la realidad era que el olor de aquel chico le resultaba especial—. ¡No! No era para nada feo, todo lo contrario. Y sí, según él me lleva siguiendo varios días. Y no está bueno, está como un queso, que es más.

Caperucita resopló una vez terminó de hablar y dio un trago a su cerveza.

—A ver que yo me centre. ¿Él te sigue para preguntarte si has visto a quien le sigue a él? Se droga, ya te lo digo. Eso no es normal, nada normal. Fijo consume setas del País de las Maravillas. Y, ya os digo que, como de verdad las consume, se pega unos viajes que alucinas.

Las otras dos chicas miraron a Blanca sorprendidas.

—¿Qué? Los hombrecillos con los que vivía tienen mucho mundo —se excusó ella—. ¡Pero ese no es el caso! Hay otra cosa que me preocupa... ¿Has dicho que tiene un... olor especial? ¿En serio?

Cape asintió, sentía un poco de vergüenza por haber reconocido aquello.

—¿Tomas drogas? —le preguntó Bella acercándose rápidamente a los ojos de Cape para observar sus pupilas.

—¡Eh! —le espetó la chica mientras le daba un ligero empujoncito para que volviera a su sitio de nuevo—. ¿Qué pasa? ¿Que no me creéis?

—¡Por supuesto que te creemos! —le dijo Bella.

—¿Entonces?

—¿Sabes al menos su nombre? —le preguntó Blanca.

—Wolf.

—¿Wolf?

—Así es.

—¿Pero eso no es...?

En ese momento, comenzó a sonar la canción preferida de Bella y arrastró a ambas a la pista del pub para que bailaran.

En ese rato que Cape pasó con sus amigas disfrutando de los bailes, la cerveza y su compañía, se olvidó por completo de todo lo demás.

Se olvidó de su madre, de Genius, de Wolf y hasta de su abuela.

Parecía como si el reloj girase más rápido de lo normal y cuando quiso darse cuenta ya era la hora de marcharse.

—Cada día te pareces más a Ceni, siempre con hora de llegada —apuntó Blanca nada más salir del pub.

—Es que me dijo mi abuelita que no llegase demasiado tarde a casa. Por cierto... ¿Dónde está Ceni?

—Ha tenido que quedarse a limpiar la chimenea —le contestó Bella.

Caperucita asintió y se despidió con dos besos de sus amigas. A pesar de todo, el día había acabado genial gracias a ellas. ¡Que le den a Genius! Ahora, lo que más deseaba, era volver a encontrarse con Wolf y comprobar si había consumido setas del País de las Maravillas.

Mientras emprendía de nuevo el camino a casa de la abuelita, una vez adentrada ya en el bosque, vislumbró a un hombre correr hacia ella. ¿Wolf? ¿Sería él? Por un instante, su corazón pegó un vuelco que la sorprendió.

Pero ese sobresalto de emoción se disipó en cuanto se cercioró de que no era él, sino el cazador del bosque. Wolf era más alto.

—Hola, Caperucita. ¿Has visto al lobo?

—¿Qué? ¿Qué lobo? ¡No! No he visto a ningún lobo en mi vida. ¡Así que dejad de repetírmelo! Tanto lobo, tanto lobo... estoy hasta las narices del lobo.

Sí, la chica descargó su frustración por no haberse reencontrado con Wolf con el cazador. Toda su dulzura se desvanecía cuando se enfadaba.

El hombre se sorprendió de su vocabulario y siguió su camino después de asentir con la cabeza, un tanto confundido.

Caperucita caminó con paso firme hasta llegar a la cabaña de la abuelita. ¿Qué le pasaba a todo el mundo? ¿Qué obsesión tenían todos con el lobo?

¿Iban a comisión en alguna campaña? No entendía nada.

## 5

---

Una vez situada en la entrada del camino, sacó la llave de su bolsito de mano. Pero justo cuando iba a meterla en la cerradura de la puerta, esta se abrió.

Su abuelita apareció en camisón y bata con una taza de algo humeante en sus manos.

Aquella hizo que la chica se sobresaltara.

—¡Abuela! ¡Qué susto! ¿Qué haces despierta?

—Pues esperarte. ¿Qué voy a hacer si no?

Caperucita resopló y entró dentro de la cabaña mientras le quitaba de las manos a la abuelita la taza que portaba.

Se la llevó a los labios y probó el contenido, pues estaba un pelín embriagada por las cervezas que había bebido y ni siquiera se molestó en mirar dentro de la taza.

—Mmm, chocolate. Qué rico abuela. —le sonrió a la anciana—, pero no hacía falta que me esperases despierta.

—Quería asegurarme de que llegabas bien. Además, tampoco has llegado tan tarde. —Su abuela se encogió de hombros.

—Bueno, tampoco es que me entusiasme quedarme hasta las mil. Me gusta salir un ratito, hasta que me canse... no por obligación hasta las tantas —le explicó Caperucita mientras con una mano sujetaba la taza de chocolate y con la otra enrollaba un tirabuzón de su pelo en su dedo.

—Eso está muy bien. Ahora, a dormir.

La muchacha sonrió y, antes de marcharse a la habitación para dormir que le había preparado su abuela, cogió un vaso de agua para llevárselo y ponerlo encima de la mesita.

Una vez dentro de la habitación, se deshizo de sus botitas de tacón de una patada y se tiró de espaldas en la cama.

Suspiró, estaba exhausta. A decir verdad, había sido un día lleno de emociones, lleno de altibajos.

Decidió, antes de ponerse a sopesar aquel día que se le antojaba como una montaña rusa, cambiarse de ropa y ponerse el pijama.

Se quitó la capa roja y la colgó en una percha en el armario. Acto seguido, se deshizo del vestido.

¡PAF!

—¿Piruja? ¿Qué haces aquí? ¡Que estoy en bragas, mujer!

La brujiita se llevó una de sus ancianas manos a la boca para poder reprimir una risita.

—No creo que vea nada que no haya visto ya.

Cape se puso el pijama con celeridad y se sentó de un saltito en su cama, esperando a que Piruja le dijese a qué había venido, no sin marearse un poco al hacer aquello. Dichosas cervezas.

—¿A qué has venido? No estoy malhumorada.

—A felicitarte.

Caperucita se quedó perpleja. ¿Felicitarla? ¿A ella? ¿Por?

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por no quedarte en tu casa llorando por alguien que no te merece. —La Bruja Piruja le sonrió—. Y por aceptar los términos que tu abuela te ha impuesto para vivir aquí con ella sin rechistar, estás aprendiendo, Cape.

—Bueno... —la chica se encogió de hombros, sonriendo—. Supongo que la vida sigue... ¿No?

Sí, ya... ¿La vida sigue? Y un buenorro llamado Wolf que le había sacado al imbécil de Genius de la cabeza y ahora le perturbaba en sus pensamientos, también.

La Bruja Piruja sonrió. Obviamente, sabía de la existencia de Wolf en los pensamientos de Cape, pues era su conciencia. La chica se lo contaría cuando estuviera preparada, pues Piruja sabía que aún no se percataba del todo de lo que Wolf había provocado en ella con tan solo un encuentro.

—Buenas noches, Cape.

—Buenas noches —le respondió la chica sonriendo dulcemente.

¡PAF!

Piruja desapareció de igual manera que había aparecido en la habitación.

Ahora sí, Caperucita se tiró en la cama bocarriba y pensó en lo mal que había comenzado aquella tarde y lo bien que había terminado. Porque había terminado bien... ¿No?



Sí, definitivamente había terminado bien. Aunque no entendiese ciertas cosas...

Genius estaba flipado de la cabeza. ¡La había dejado! ¡A ella, con lo que le quería! Pero ¿por qué?

Aquella cuestión la hizo entristecer y una lágrima traicionera escapó de uno de sus ojos.

¡No! Ese tonto no merecía ni una más de sus lágrimas. ¿Qué dijo del destino? No se acordaba exactamente. Bueno, no importaba...el caso era que, si tanto creía en el destino ese mamón, Cape le demostraría que su destino no era ella porque él solito se lo había buscado, él la había echado de su vida. Después que no volviera con el rabo entre las piernas pidiéndole perdón. Ella ya no estaría.

Ella estaría con Wolf.

¿Quéeeeeeeeeee? ¿En serio acababa de pensar eso? ¿Estaba loca? ¡Dios mío, fijo que las cervezas que había tomado llevaban extracto de setas del País de las Maravillas!

Pero aquel pensamiento sobre las setas de ese maravilloso mundo volvió a adentrar el rostro de Wolf en sus pensamientos.

Santo Dios... ¡Era tan guapo! Pero ¡tan guapo! ¡Y sexy! ¿Quién le estaría buscando? Aunque, bueno... la pregunta más acertada sería ¿Realmente le estaban buscando y persiguiendo?

Caperucita seguía pensando que tomaba algún tipo de sustancia psicotrópica. ¿Quién iba a perseguirle? ¡Si era guapísimo! Bueno, eso tampoco es que tenga mucha relevancia en ese tema, pero...

Sí, seguro que se drogaba. Aquella desesperación era sospechosa, el ansia por no ser encontrado...

¡Era un ladrón! ¡Seguro! ¡Fijo que era algún colega de su amigo Robin Hood!

Un ladrón muy guapo, muy sexy, que olía maravillosamente a bosque...

Mmm, mágico...

Esa última palabra se quedó grabada en su cerebro para que, cada vez que se acordara de aquel encuentro con Wolf, se acordara de que la magia podía existir y, que como dijo Piruja, el destino está escrito.

No obstante, aquella noche Caperucita no durmió bien. Prácticamente no descansó, sus sueños no la dejaron.

Soñaba con un animal grande, con garras y dientes afilados. Su pelaje era suave y de un color oscuro como la noche. Era enorme, pues perfectamente

Caperucita podía montarse en su lomo. Se agarraba al pelaje para no caerse y atravesaba encima de aquella criatura el poblado y verde bosque.

Gracias a la velocidad que cogían juntos, el agradable olor a bosque inundaba sus fosas nasales y le ayudaba a respirar mejor.

Después paraban y ella bajaba al suelo. Acariciaba a aquel majestuoso animal y este la miraba a la cara.

Unos ojos verdes la taladraban con la mirada, pero Caperucita no tenía miedo, no junto a aquel lobo, su lobo.

## 6

---

El maldito gallo cantó y aquel sonido invadió los tímpanos de la chica llegando hasta el cerebro. Malhumorada, se puso bocabajo y estampó la almohada fuertemente contra su propia cabeza para no ver ni escuchar nada.

Bufó una vez tuvo la cara enterrada. Si aquel gallo pensaba que ella se levantaría con su canto la llevaba clara. Había llegado tarde a casa, se había dormido aún más tarde y la resaca ya estaba acechando sus sienes. No, definitivamente no se levantaría hasta más tarde.

¡PAF!

La Bruja Piruja apareció en el cuarto de la chica debido a su malhumor y, sin querer despertarla, le colocó bien la manta, tapándola completamente. Acto seguido, volvió a desaparecer mientras negaba con la cabeza, divertida.

Horas después, un rayo de sol entró por una de las rendijas de la persiana y acechó la cara de la chica, que había cambiado de postura varias veces mientras dormía y soñaba con cosas que no comprendía.

Otra vez aquel majestuoso animal, otra vez aquel lobo con mirada cautivadora...

Caperucita gimió levemente, molesta por el dolor de cabeza que tenía. No bebería más, lo tenía claro.

Ya, bueno, eso es lo que siempre se dice y luego se vuelve a beber como cosacos.

En ese momento sí que ya era hora de levantarse. Lo que le parecía bastante raro era que su abuelita no hubiese entrado aún en toda la mañana para despertarla. O, quizá, sí que lo había hecho y ella no se acordaba. Eso también era una opción.

Con aquel dolor de cabeza era muy factible que no se acordara ni de su nombre.

La chica se levantó con una de sus manos en la cabeza y comenzó a soltar pequeños gemidos de cocodrilo que nadie se creía pero que eran certeros, pues la cabeza le iba a reventar.

Saldría al salón, buscaría a la yaya, se pondría al lado de la chimenea y su abuela le traería un buen tazón de leche con algún analgésico para su dolorida cabeza.

Esos eran sus pensamientos mientras daba pequeños pasitos hacia la puerta de la habitación. De camino, aunque sí es verdad que tampoco era una estancia muy grande, se vio de refilón en el espejo.

Susto. Horror. ¿De verdad era ella? ¿O acaso una hecatombe zombi la había mordido para que se uniera a ellos mientras dormía?

Tenía el maquillaje de los ojos corrido, un montón de churretes alrededor de estos, los cuales también estaban enmarcados por unas grandes y negras ojeras. Y, para colmo, tenía un nido de enredos en el pelo, en un lado de la cabeza.

Genial. Estaba como para que el chico que le gustaba estuviera en el salón de su abuela y la viera.

En ese momento, al pensar en aquel chico que le gustaba, Wolf le vino a la cabeza.

Pero... ¿Por qué? Acaso ¿él le gustaba? No. O sí. No, no, decididamente no. O, bueno, quizá un poco. ¿Sí?

¡Basta! Le dolía demasiado la cabeza como para pensar en eso en aquel instante. Su cerebro estallaría como una olla exprés a máxima potencia.

Ya pensaría después de un par de ibuprofenos en Wolf y en aquellos sueños tan extraños que había estado teniendo toda la noche.

Pero cuando salió de su habitación y entró en el salón... ¡Oh! ¡Sorpresa!

—Hola, Capuchita... —Wolf levantó la vista de su vaso hacia los ojos de la chica. Aquellos ojos verdes la traspasaron.

¿Era un sueño? ¿Había dejado de soñar con el lobo y ahora soñaba con Wolf? ¿Qué narices hacía Wolf en el salón de su abuela?

—Es Caperucita... —le dijo en un hilo de voz.

—Lo mismo da... ¡Vaya! —se sorprendió de repente el chico—. ¿Te encuentras bien? Tienes un aspecto... algo...

Caperucita le hizo un gesto con la mano indicándole que dejara estar aquellos comentarios.

—No grites... ¿Quieres?

La chica se sentó en el sillón más cercano a la chimenea y se echó una

manta por encima después de encogerse sobre sí misma.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está mi abuela? —le preguntó Cape de mal humor. No entendía qué hacía allí ese tío, su abuela no estaba, se encontraba mal y quería un Cola Cao con una caja de ibuprofenos como acompañamiento.

—Cuánta hostilidad... Veo que tienes mal despertar.

—¿Me vas a contestar o quieres que te estampe el vaso en la cara?

Wolf soltó una carcajada que retorció el estómago de la chica. ¿Qué había sido aquello?

Odiaba sus cambios de humor tan repentinos. Pero es que se encontraba tan mal...

—Dudo que en tu estado seas capaz de eso. Creo que no eres capaz ni de apenas levantarte y hacerte el desayuno.

—Por eso quiero a mi abuelita, tiene que cuidarme —le respondió con voz lastimera.

—¿Cuidarte? Anoche no parecía que la necesitases cuando saliste. Debes aprender que tus actos tienen consecuencias, Capuchita...

A Caperucita le rompía los nervios que la llamase así. ¿Acaso era analfabeto? ¿No sabía pronunciar bien un maldito nombre? ¿Era disléxico?

¿Y dónde estaba su abuela?!

De repente, toda la euforia que sintió el día anterior se vino abajo y una pesadez le invadió el pecho y le formó un nudo en la garganta.

Sin poder evitarlo, se echó a llorar apoyando la cabeza sobre sus propias rodillas.

Wolf se quedó perplejo ante la reacción de la chica y acto seguido se sintió culpable por lo que le había dicho, a pesar de que en el fondo pensaba que no había sido para tanto.

Se acercó a ella y posó una de sus manos en el hombro derecho de la chica.

—Oye... ¿Qué es lo que he dicho? ¿Estás bien?

Caperucita levantó su cabeza y fijó la vista en los ojos verdes del chico.

Se miraron durante tres segundos sin siquiera pestañear, hasta que la chica rompió la conexión de miradas bajando sus ojos al suelo y le contestó:

—Mi vida es un desastre.

Se mordió el labio inferior con fuerza. Quizá si se mordía tan fuerte como para hacerse una heridita, se centraría en aquel dolor y olvidaría el que sentía dentro.

Wolf resopló y algo en su interior pareció tranquilizarse.

—Creo que debes dejar de beber... —le dijo poniéndose de cuclillas ante ella.

Caperucita arrugó la nariz y frunció el ceño. ¿Qué estaba insinuando ese tío? Y... ¿Por qué seguía aún allí?

—¿Piensas que acaso soy alcohólica?

—¿Eh? ¡No! No he querido decir eso. Perdona. Me refiero a que ahora que no estás bajo los efectos del alcohol, la sensación de felicidad se ha desvanecido y el bajón se nota más.

Caperucita resopló y se puso de pie ante él.

—¿Acaso te crees médico, chato? No tienes ni idea —le espetó.

—La tendría si me lo contaras.

Caperucita comenzó a exasperarse de nuevo.

—Pero vamos a ver... ¿Por qué tendría que contarle yo mis problemas a un extraño?

—Ya no lo somos —le dijo él con una sonrisa.

Aunque no quería, Caperucita no pudo evitar devolverle la sonrisa a aquel muchacho. ¿Cómo podía ser capaz de sacarla tanto de quicio? Pero aquella sonrisa le ablandaba el corazón.

—Te haré el desayuno —le confesó mientras se frotaba las manos.

—Estarás de coña...

—En absoluto.

Ella suspiró mientras negaba con la cabeza. Definitivamente aquel chico era una caja llena de sorpresas.

La cogió de sus manos y la llevó de nuevo al sillón donde ella se había sentado segundos antes.

No hacía demasiado frío, aunque ella se encontraba destemplada. Wolf cogió la manta en la que ella se había enrollado y la tapó otra vez. La hacía suspirar con cada acción que realizaba.

—Tú mejor quédate ahí que yo voy a hacerte el desayuno.

Ella asintió. Quiso preguntarle una vez más dónde estaba su abuela, pero las palabras no le salieron de los labios.

Wolf la trataba... tan bien. No daba crédito. Genius nunca había tenido ese tipo de detalles y Wolf ni siquiera era su novio.

«Algún día tú tendrás también a alguien que te quiera de verdad». Las palabras de su abuelita retumbaron en su cerebro.

¿Esa persona era Wolf? ¡Venga ya! ¡No! ¡Eso era imposible!

Definitivamente imposible. No se conocían de nada, por mucho que él

hubiera seguido sus pasos. ¿Y por qué los había seguido? ¡No entendía nada!

Zarandó la cabeza de un lado a otra con tal de librarse de esos pensamientos que le causaban aún más dolor de cabeza.

—¡Ya estoy aquí!

Wolf había vuelto con una bandeja llena de manjares para desayunar: zumo, Cola Cao, tostadas, frutas, cruasanes...

—¿Qué es todo esto? —La muchacha tenía los ojos abiertos como platos.

—Para ti.

—Pero...

—Come —le ordenó él sin saber que para ella había sido la primera orden que acataría de él.

¿Le había dado una orden aquel tipo tan misterioso? ¡¿Qué narices hacía en casa de su abuela?!

—¿Vas a decirme ya qué es lo que haces aquí? ¿Dónde está mi abuela? ¡¿Qué le has hecho?!

Wolf, por respuesta, le tendió su puño cerrado.

—¿Qué estás haciendo?

Él puso los ojos en blanco y abrió el puño dejando a la vista dos pastillas de ibuprofeno.

—Tienes que calmar ese dolor de cabeza, te pone de muy mal humor y lo pagas conmigo.

Caperucita se mordió el labio inferior y cerró los ojos con fuerza durante un segundo. Se sentía culpable, Wolf tenía razón.

—Perdona... —consiguió decirle.

—Perdonada. Ahora, como premio, contestaré a todas las preguntas que me has hecho.

Caperucita le dio un trago al zumo y después se metió casi media tostada en la boca. Tenía un hambre de mil demonios.

Al ver que lo miraba atentamente, esperando a que hablase, Wolf se decidió a contestar:

—Sí que conozco a tu abuelita. A veces vengo aquí para ayudarla con los jardines y las hierbas, me conoce desde niño. Y está comprando. Me ha pedido que te cuide.

—¿Que me cuides?

—Exacto.

—¿Por qué? No estoy enferma.

—Seguramente sabría que tendrías resaca y que te pones impertinente e insoportable.



—¿Perdón?

—Es la verdad, nena.

—No me llamo nena.

—Cierto, Capuchita.

—¿Sabes? Todos los puntos que ganas siendo amable los pierdes cuando te pones en modo gallito.

—No lo creo —le dijo mientras le guiñaba el ojo—. Debo irme. Tu abuela no tardará en llegar. Tómate las pastillas, te sentirás mejor.

Capercucita le sacó la lengua cual niña pequeña y él soltó una de sus sexis carcajadas.

¡Por Dios! A aquel paso, la chica no iba a ganar para bragas. Un dolorcillo en su bajo vientre y unas avispas asesinas en su estómago aparecieron cuando el chico se rio.

Aquello no era sano, algo estaba sucediendo en su interior. No entendía absolutamente nada.

Decidió no pensar en todo aquello hasta otro momento más adecuado. Sabía que cada vez que esos pensamientos acudían a su mente, ella los apartaba y los dejaba de lado, sabía que estaba huyendo de ellos, de lo que pudieran revelar, de lo que pudieran confesarle que podía llegar a sentir y no se imaginaba. Sabía que, de alguna manera, estaba siendo cobarde, pero tampoco se sentía preparada para enfrentarse a ellos. Lo haría, pero aún no.

En ese momento, la puerta de la cabañita se abrió y su abuelita entró cargada de bolsas de hortalizas y frutas del mercado. Y aquello era... ¿Un conejo muerto?

—Hola, querida. Ya estoy aquí. ¿Ya se ha ido Wolf? Le pedí que te cuidase. ¿Lo hizo?

—En efecto, yaya. Mira todo lo que me preparó para desayunar. Sí, ya se ha ido.

—¡Vaya! Menudo festín tienes aquí montado. Este chico es todo amabilidad. ¡Es un encanto!

Capercucita arqueó las cejas. A su abuela se le llenaba la boca con Wolf.

—Sí, supongo que sí.

—¿No te lo parece?

—No he dicho que no. Pero... es un poco extraño. ¿No crees?

La abuelita puso su rostro serio por tan solo un instante, pero después volvió a la normalidad con toda la naturalidad que pudo.

—Es un encanto de chico, Cape. Me gusta para ti.

¿Qué? ¿Estamos locos? ¿Caperucita y Wolf? ¡Eso es impensable!

A la chica le gustaba pasar tiempo con su abuela, era mucho más divertida que su madre. Además, tenía ya bastantes años y había vivido toda una vida llena de cosas interesantes que contar y de las que, Caperucita, gozaba escuchando.

¡Pero lo que acababa de insinuar era una locura! ¿En qué estaba pensando? Otra que debía comer setas del País de las Maravillas.

—¿Qué? Pero ¿qué estás diciendo, abuela?

—Lo que oyes. Ese chico es muy buena persona, simpático, divertido... lo conozco desde niño. Además, es guapísimo.

Caperucita la observó con los ojos muy abiertos durante un breve momento sin pronunciar palabra alguna.

—No puedo creer lo que estás diciendo, abuela —le increpó.

—No puedes negarlo, nena.

Nena. Esa palabra en boca de Wolf sonaba con un tono distinto. ¿Qué? Pero ¿qué le estaba pasando?!

—No he dicho que lo niegue...

—Es que si lo negases serías una embustera, querida.

—Oh, gracias por el cumplido.

—Hazme caso, Cape, ese chico podría hacerte feliz.

—Lo que tú digas, abuela. Pero sabes tan bien como yo que para que dos personas sean felices estando juntas, primero se tienen que gustar e incluso querer.

La abuelita se rio dulcemente.

—Eres muy impaciente, querida. Igual que tu madre.

Caperucita frunció el ceño, pues no entendía qué había querido decir su abuela con aquella última frase.

—¿Qué quieres decir?

No entendía absolutamente nada. ¿Qué le pasaba a todo el mundo últimamente? ¿Y a ella? ¿Se había caído y quedado tonta y no se acordaba?

—Le invitaré a la cabañita más a menudo.

Caperucita puso los ojos en blanco y terminó de comerse el desayuno que le había preparado Wolf.

Transcurrieron unos cuantos días sin que Caperucita viera a la Bruja Piruja. ¿Qué sería de aquella viejecilla? ¿La habría cascado? ¿Sería su conciencia de verdad? Al menos, eso le había dicho.

Pero, por el contrario, a quien sí había visto y, cada día, además, había sido a Wolf. Su abuela estaba cumpliendo a rajatabla eso de invitarlo más a la cabaña.

Un viernes, Caperucita volvió a salir con sus amigas de noche. Les relató todo lo acontecido desde la última vez que se vieron en aquel pub y las chicas no dieron crédito.

—Así que... ¿Tú abuela le conocía? —le preguntó Blanca.

—En efecto —le contestó Cape, para acto seguido darle un trago a su refresco. Aquella noche había decidido no beber, no quería sufrir otra resaca como la anterior.

—Pero ¿y eso? —le preguntó Ceni, que esa noche sí que había podido asistir a la quedada.

—Lo conoce desde que era niño, la ayuda con los trabajos más pesados.

—¿No lo conocías tú?

—¿Yo? Pues no. Lo conocí cuando me arrinconó en el bosque.

—¿Y nunca antes lo has visto rondar por la cabaña?

—No, eso es lo que me parece extraño. Aunque, pensándolo bien, solo iba a la cabaña por las tardes y quizá él acudiera a ayudar a mi abuela por las mañanas.

—Parece lógico —le dijo Bella.

—¿Y cómo es él? —le preguntó Ceni.

—¿Wolf? —cuestionó Cape, aun sabiendo que Ceni se refería a él, pues no

podía ser de otro modo—. Él es... especial.

Sus tres amigas se miraron acto seguido entre ellas para después mirar de nuevo a Cape.

—¿Qué pasa? —preguntó un tanto incómoda.

—Has dicho que es especial —le dijo Blanca.

Caperucita prácticamente no se había percatado de lo que había dicho.

Formó una «o» perfecta con sus rojos labios y dijo:

—Se me ha escapado...

—Así que era algo que querías guardar para ti. ¿Cierto? —le dijo Bella.

Caperucita no sabía qué debía pensar exactamente de lo que acababa de decir. ¿Realmente pensaba eso de Wolf? De sobra sabía que sí. ¿Pero entonces por qué no lo quería aceptar? ¿Por qué le costaba tanto reconocerlo? ¿Por qué no podía decirlo en voz alta?

Bueno, siendo sinceros, acababa de decirlo, acababa de decir que Wolf le parecía especial y especial no te parece cualquiera. Especial te parece alguien que te gusta, alguien a quien tienes un cariño distinto a las demás personas de tu alrededor, alguien a quien quieres.

—No sé lo que me pasa con él —confesó al fin a sus tres amigas.

—Yo sí lo sé —apuntó Blanca.

—Y yo —añadió Ceni.

—Yo no soy menos —dijo Bella.

—Así que... ¿Todas sabéis mejor que yo lo que llevo dentro? ¿Tenéis una bola de cristal o algo así? ¿Dónde están las cartas del tarot?

—No hacen falta esas cosas —le dijo Blanca.

Caperucita se sobresaltó.

—¿Tanto se me nota?

—¿El qué? —le dijo Blanca con una sonrisa maliciosa.

—¿Qué va a ser? ¿Que me gusta Wolf!

Blanca se relamió el labio superior después de darle un trago a la cerveza que estaba consumiendo. Se sentía satisfecha de que Cape por fin hubiera dado alas a sus sentimientos y a sus palabras para expresar lo que sentía por Wolf.

Bella y Ceni se llevaron ambas y a la vez las manitas a la boca.

—¡Lo has dicho! ¿Te gusta Wolf? —exclamó Bella emocionada.

Cape se rio cabizbaja, muerta de la vergüenza. ¡Lo había dicho! ¡Se había atrevido a verbalizarlo!

—Sí, me gusta. Creo que mi abuela es la culpable de todo esto. No lo deja salir de la cabaña... —les dijo a sus amigas riéndose.

—No creo que tu abuela tenga nada que ver en vuestros sentimientos —le contestó Ceni.

—¿Vuestros?

—Sí.

—Yo he hablado de los míos.

—¿Y?

—No tengo ni idea de cuáles son los suyos.

—Oh, por favor, Cape... parece mentira que seas una tía hecha y derecha. ¿Piensas que, después de seguirte, arrinconarte cual leñador buenorro y sexy, confesarte que te ha estado siguiendo la pista porque quería conocerte y después hacerte ese pedazo de desayuno y cuidarte, no le gustas? ¡Despierta hermana! ¡Quiere metértela para siempre y que durante toda la vida leagas sentir especial como tú dices que es!

Caperucita pensó las palabras de Blanca durante unos instantes. Parecían lógicas, esa era la verdad. Pero no quería pegarse un golpe contra el suelo si ella se declaraba y él la rechazaba.

—Díselo —le propuso Ceni.

Caperucita la miró.

—No, no se lo digas. Pruébalo —dijo Blanca mientras Bella asentía.

—¿Probarlo? ¿Cómo?

—Finge un accidente, que te suceda algo que le asuste. Las personas, cuando nos asustamos, revelamos nuestros más secretos sentimientos hacia otra persona por miedo a perderla para siempre.

—Quizá, podría funcionar...

—Funcionará —apuntó Blanca, segura de su plan.

—Y, en el caso de que no se declarase, que lo hará, tú no habrás hecho el ridículo declarándote —le dijo Bella.

—Chicas... ¿No os dais cuenta de que este plan tiene un fleco?

—Venga... señorita aguafiestas ¿De qué fleco se trata?

—¿Y si no se declara pero sí que siente algo por ella? Cape creerá que no lo ha hecho porque ella no le gusta, pero en el fondo sí lo hace.

—En ese caso, pasaremos al plan B.

—¿Cuál es? —preguntó Cape.

—Ni idea —confesó Blanca encogiéndose de hombros—. Estoy segura de que el plan A funcionará.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Bella—. Te dejaré a Philip, mi caballo, y tú te caerás de él mientras galopas.

—No te ofendas, Bella, pero Philip es demasiado manso —le dijo Ceni mientras le daba una caricia fugaz en el brazo.

—¡Pegaso! —exclamó Blanca.

Caperucita miró a su amiga, interesada.

—Pegaso, el caballo alado de mi amigo Hércules, él servirá. Es muy bueno, pero no es tan manso como el de Bella. Hablaré con Herc cuando llegue a casa.

Después de confesar su amor por Wolf a sus amigas, recibir la comprensión de estas y trazar un plan para que Wolf se le declarase, Caperucita disfrutó de aquella noche como hacía mucho tiempo que no disfrutaba.

Estaba ilusionada de nuevo. Wolf le había devuelto la esperanza que perdió en el amor cuando Genius la dejó. Su abuelita tenía razón, no sabía lo que era el amor verdadero hasta que lo tuvo delante, hasta que lo sintió.

Cuando se hizo la hora de regresar a casa, Caperucita emprendió el camino bajo un cielo estrellado y con luna llena.

Aunque le daba un poco de miedo el camino que cruzaba el bosque, seguía en sus trece de dar un cestazo a quien intentara hacerle daño.

No obstante, el camino fue tranquilo y sin sobresaltos. Pero, de lo que ella no se había percatado, es que había sido observada durante todo el trayecto por un animal peludo, grande y de cuatro patas. Sus ojos verdes seguían la capa roja de la chica cargados de ternura y amor.

## 9

---

Caperucita aligeró el paso hacia la cabaña y, aunque llegó más pronto de lo esperado, el camino se le hizo eterno. Por muy convencida que estuviera de pegarle con la cesta a todo aquel que pretendiera agredirla, su madre había metido el miedo al camino y al lobo en su cuerpo y no podía evitar sentirse asustada.

Pero cuando llegó a casa de su abuelita, que sabía que la estaría esperando como la vez anterior que salió con sus amigas, se sorprendió enormemente.

—Abuela, ya estoy aquí —dijo mientras cerraba la puerta tras de sí.

No hubo respuesta.

—¿Abuela? Yaya... ¿Dónde estás? —preguntó en voz alta—. ¿Te ha comido el lobo, yaya? —Rio para sí.

—No —le contestó una voz masculina.

Caperucita miró hacia su derecha y encontró a Wolf sentado en el sillón de su abuela.

—¿Qué le has hecho?! —le gritó cogiéndole por la camisa.

—Tranquila, está durmiendo. No se encontraba muy bien y me pidió que te esperase yo despierto a pesar de... ¿Por qué siempre me acusas de haberle hecho algo?

—¿A pesar de qué?

—Nada, tranquila. Ve a acostarte. Tengo que irme ya.

—Espera, por favor.

Wolf no solo la atraía, sino que le parecía interesante. ¿Le gustaba? Sí, ya lo había reconocido. ¿No era demasiado pronto? Tal vez.

—Aún no me has dicho por qué saliste huyendo cuando estábamos en el bosque aquel día. Y ha pasado tiempo.

—Me perseguían.

—¿Te perseguían? ¿Quién?

—Es un poco... complicado —le dijo—. ¿Oyes eso?

—¿Oír qué? Yo no escucho nada.

—Shhh... —siseó él mientras posaba dos de sus dedos en los labios de la joven.

Estaba a escasos centímetros de su rostro y podía oler su aliento dulce y afrutado.

Wolf apartó sus dedos de la boca de Caperucita.

—Yo no he...

Pero no la dejó terminar. Unió los labios con los de ella y un fuego demoledor inundó el interior de la joven. Al menos, unos cuantos segundos.

Caperucita se quedó petrificada durante unos instantes, pero cuando logró reaccionar, le dijo:

—¿De qué vas?

—¿Tan mal beso?

—¿Cómo te atreves a besarme! ¿Quién te crees que soy? ¡No me conoces!

—No. No, Capuchita —intentó contestarle él.

—¡Me llamo Caperucita! —vociferó ella muy cerca de su cara.

De repente, Wolf volvió a tapparle la boca con su mano y se la llevó al dormitorio.

La sentó en la cama aún presionando con su mano la boca de la chica y se sentó a su lado.

—No grites, podrían escucharte.

¿Se referiría a la abuelita?

—¿Quién? ¿Acaso quieres matarme y no quieres que oigan mis aullidos de dolor?

—No menciones esa palabra.

—¿Qué?

—Tengo que irme, Capuchita. —Y volvió a besarla en los labios.

La chica vio cómo Wolf saltaba por la ventana y echaba a correr por el camino opuesto al que había trazado el cazador, que justo en ese momento llamaba a la puerta de la casa.

Caperucita salió del trance en el que la había sumido la situación y fue a abrirle al cazador.

—¿Has visto al lobo merodeando por aquí?

—¿Otra vez con el maldito lobo? Creí que te lo había dejado claro la última vez que me preguntaste por él.

El cazador sonrió maliciosamente.



—¿Lo has visto o no?

—No. Jamás he visto a un lobo. Y, ahora, si eres tan amable, fuera de mi casa —le dijo seriamente la chica.

El cazador asintió con la cabeza en forma de reverencia y se marchó por donde había venido y Caperucita cerró la puerta. Acto seguido, se llevó los dedos a los labios y los acarició sutilmente. Wolf la había besado.

¿Acababa de pasar lo que acababa de pasar? ¡Wolf la había besado! ¡La había besado! Ella le gustaba, eso estaba claro. Si no, no creía que hubiese hecho tal cosa.

Aun así, aun habiendo rozado sus labios, el comportamiento de Wolf le seguía pareciendo extraño.

Siempre andaba por ahí asustado, con pies de plomo, escuchando ruidos que ella no oía.

Caperucita reprimió una risita. A pesar de eso, él le gustaba y mucho.

La próxima vez que lo viera registraría sus cosas o, directamente, le preguntaría si consumía setas del País de las Maravillas.

Pensó en llamar a sus amigas para contarles lo sucedido, pero era tarde y quería disfrutar, aunque solo fuera en esos momentos, el regusto de los besos de Wolf en soledad.

Fue de puntillas a su habitación para no despertar a la abuelita, aunque, si con el jaleo de minutos antes seguía durmiendo, los pasos felices de la chica no la podrían despertar.

Buscó un pijama limpio en unos de los cajones del armario y, para combatir el frío, se lo puso rápidamente.

¡PAF!

—Cape, querida —Piruja la saludó con cierto toque musical en sus palabras.

—¿Piruja? ¿Qué haces aquí? Estoy la mar de feliz —le dijo la chica sonriendo—. A ver, que no es que no quiera verte, pero como siempre apareces cuando tengo mal humor...

La Bruja Piruja asintió pero no le contestó a eso y le cambió de tema:

—Solo vengo a decirte que vayas despacio y con cautela, Cape. ¿Vale?

La chica se quedó perpleja por un segundo y parpadeó varias veces.

—¿Te refieres a Wolf?

La brujita asintió.

—Pruébalo de todas formas. Asegúrate.

¿Que lo probara? ¡El plan! Pero si él la había besado... ¿Debía seguir adelante con el plan obviando esos besos?

¡PAF! Piruja volvió a desaparecer.

Bueno, aquella noche no pensaría en cosas desagradables como, por ejemplo, que Wolf la estuviese utilizando o quisiese hacerlo.

Esa noche Caperucita se recreó una y otra vez en el momento en que sus labios rozaron los de ella, en sus ojos verdes...

Y así, pensando en aquel misterioso chico, cayó en un plácido sueño.

Por la mañana, bastante pronto además, Cape despertó como un resorte con una sonrisa de oreja a oreja.

¡Qué maravilloso el piar de los pájaros, el sol, contar las nubes, respirar el aire...! ¡Qué maravilloso no haber bebido anoche...! ¡Anoche! ¡Qué maravilloso besar a Wolf! ¡Seguro que esa mañana vendría a ayudar a la abuelita!

Caperucita se levantó motivada por aquellas ganas de verlo y se vistió rápidamente. Si bien, no se puso la capa roja, pues quería ayudar a Wolf y a la abuelita con las tareas de los jardines.

Buscó un peto vaquero y una camisa fina y unas botitas marrones. Sí, esa vestimenta era perfecta.

—Yo tenía por aquí... —se dijo a sí misma en voz alta mientras rebuscada en el fondo del armario—. ¡Aquí está, ya lo tengo!

Sacó un sombrero de paja y después de peinarse un poco el cabello con los dedos, se lo colocó en la cabeza. Se miró al espejo. Sí, perfecta.

No, faltaba algo. Así que cogió su bolso de mano y buscó en su interior. Sacó un labial de color rojo y se pintó los labios con esmero y cuidado.

Ahora sí estaba perfecta.

Salió radiante de la habitación y encontró a su abuelita preparando tostadas para desayunar.

—Uy... ¿Qué sucede?

—¿Por qué habría de suceder algo, abuelita? Me apetecía madrugar y, mira —le dijo mientras se señalaba a sí misma las ropas—, voy a ayudaros a ti y a Wolf a arreglar los jardines.

La abuelita frunció tanto los labios, que estos se convirtieron en una fina

línea blanca, pero pronto lo disimuló y la chica no lo vio, pues estaba entretenida en prepararse un vaso de leche chocolateada.

—¿Abuela? ¿No me contestas?

—Sí, cielo. Me parece muy bien que nos ayudes.

Caperucita le sonrió y ambas desayunaron tranquilamente y en silencio, hasta que Caperucita lo rompió.

—¿Cuándo viene, abuela?

—¿Wolf?

—Sí. ¿Cuándo viene?

—No lo sé, hija. Cuando él quiera.

Caperucita asintió sonriente. Estaba emocionada. Tenía muchas ganas de verlo.

Cuando terminaron de desayunar, las dos salieron al exterior de la cabaña.

—Recoge todas las hierbecitas que estén feas, cariño. Yo arreglaré mientras los rosales.

Cape asintió y se puso a buscar las malas hierbas de la tierra.

Así pasaron un par de horas y Wolf no apareció en ningún momento. La ilusión de la chica se fue apagando poco a poco, con el transcurrir de los minutos.

¿Y si no venía? Su parte negativa.

Vendrá. Su parte positiva.

Zarandeo la cabeza para librarse de aquellos pensamientos tan contradictorios.

Pasaron la mañana arreglando los jardines, comieron y, al terminar de comer, Caperucita se echó la siesta con la esperanza de que cuando despertara él estuviera allí.

Sabía, por una parte, que era absurdo, pero por otra tenía esa esperanza.

No. Su esperanza se rompió una vez más. Wolf no estaba, no había pasado por la cabaña. Solo encontró a su abuelita tejiendo.

Irremediablemente, los ojos de la chica se aguaron de lágrimas y la vista se le empañó.

—¿No ha venido?

—No, cielo. Quizá esté ocupado.

Caperucita asintió sin mucho convencimiento.

¿Y si no quería volver a la cabaña porque se arrepentía de lo que había pasado entre ellos? ¿Wolf se arrepentía de haberla besado? Ojalá su abuelita tuviera razón.

Decidió volver a su habitación y hacer una llamada a tres con sus amigas. Necesitaba desahogarse y que ellas le aconsejaran qué hacer.

—Volverá, estoy segura—le dijo Ceni.

Bella y Blanca se mostraron de acuerdo con ella y, esta última, añadió:

—Sigue con el plan. Ahora, más que nunca, tienes que cerciorarte de lo que sientes. Cuelgo un momento, voy a llamar a Hércules y en cuanto sepa algo de Pegaso vuelvo a unirme a la llamada.

Bella y Ceni se dedicaron a consolar a una entristecida y desesperanzada Cape y, cuando esta estaba a punto de volver a llorar de nuevo, Blanca volvió a unirse a la llamada.

—Mañana tienes a Pegaso en tu jardín.

Esa noche Caperucita no concilió un sueño tranquilo. No saber nada de él después de haber, por fin, rozado sus labios y él haberse marchado tan precipitadamente sin una explicación la preocupaba. Y mucho. Necesitaba saber dónde estaba y si estaba bien.

A la mañana siguiente, un relincho la despertó. Al principio, le costó situarse, adivinar dónde estaba, pues se encontraba algo desorientada ya que había despertado de golpe.

Perfecto, estaba en su habitación. ¿Había sido eso un relincho? ¿Había un caballo en los jardines?

Se acercó despeinada, en pijama y descalza a la ventana de su habitación, desde donde se vislumbraban los bonitos jardines de la abuelita.

En efecto, había un gran caballo alado esperándola junto a Bella y Blanca.

Se vistió apresuradamente con la misma ropa del día anterior y salió a recibir a sus amigas.

—¿Has dormido bien? Estás espantosa... —le dijo Blanca.

—No, la verdad es que no. ¿Este es Pegaso?

—Sí.

Caperucita observó al bonito caballo alado. Era tan blanco, que parecía ser de un tímido azul por algunas partes de su cuerpo. Era majestuoso, realmente bello.

—¿Cuánto tiempo tenemos? Wolf no aparece.

—Un par de días, Bella te enseñará a montar —le dijo Blanca sonriendo.

—¿Y si no aparece? —Caperucita estaba realmente preocupada.

—Ten fe en que lo hará —le respondió Bella apretando de forma cariñosa sus manos.

Caperucita no estaba demasiado convencida, aun así consiguió regalarle a Bella una sonrisa.

—Tengo que irme, Bella te enseñará todo lo necesario para montar y caerte a posta —le dijo Blanca guiñándole un ojo.

Cuando Blanca se fue, Caperucita le desveló sus inquietudes a Bella:

—Blanca ha dicho que solamente tendremos a Pegaso durante dos días... ¿Y si Wolf no aparece? ¿Y si no me da tiempo?

—Si eso sucede entonces pasaremos al plan B.

—¿El plan B? —Caperucita no entendía.

—Sí.

—Pero no había plan B. Estábamos seguras de que este funcionaría a la perfección —protestó la chica.

—Exacto. Pero en ese momento no contábamos con el beso que Wolf te dio.

—No lo entiendo.

—De acuerdo... está claro que aún no has desayunado y necesitas vitaminas para poder pensar con suficiente claridad y enterarte de lo que te digo —refunfuñó Bella.

Las dos chicas entraron dentro de la cabaña y se encontraron con la abuelita en la cocina trasteando entre los cacharros.

—Abuelita.

La abuelita pegó un brinco al mismo tiempo que soltó un gritito. Se había asustado.

—¡Querida! ¡Ah, Bella! Te he visto llegar con Blanca desde la ventana. ¡Qué alegría verte! —le dijo mientras avanzaba hacia ella para abrazarla—. Por cierto, ¿dónde está Blanca? ¡¿Eso es un caballo?!

La anciana miraba por la ventana asombrada.

—¿Has visto a mis amigas y no a Pegaso, abuela? —le preguntó Caperucita.

—¡Por supuesto que no! Te estaba preguntando qué hace ese animal aquí.

Caperucita puso los ojos en blanco y sonrió.

—Es de un amigo, abuela. Vamos a cuidarlo durante un par de días y, así, puedo también aprender a montar. Bella me enseñará —le dijo con su bonita sonrisa adornándole el rostro.

—Ah, bien, bien, queridas. Venga, sentaos a desayunar. Os estaba preparando pan blanco con mantequilla y leche chocolateada.

Las dos chicas se sentaron alrededor de la mesa y, en cuanto la abuelita puso sus desayunos ante ellas, estas dieron cuenta de ellos rápidamente.

—¿Tienes ya la cabeza operativa? —le preguntó Bella a Caperucita una

vez que la abuelita se hubo ido a hacer la colada.

Cape asintió.

—De acuerdo. Veamos... El plan A es fingir el accidente del caballo, ¿cierto? —Caperucita asintió—. Bien —volvió a hablar Bella—. Pues si este plan no se llegara a ejecutar por el pequeño fallito técnico —simuló algo pequeño con sus dedos índice y pulgar— de que Wolf no aparece, pasaremos al plan B que, después de haberte besado Wolf, pudimos idear.

—¿Y es...?

—No fingir el accidente.

Caperucita abrió los ojos muy sorprendida. ¿Qué es lo que estaba diciendo Bella?

—¿Cómo? ¡Pensaba que sería algo factible!

—Eso lo es. —Bella se encogió de hombros.

—No, no lo es. ¿Cómo si no, sabré si me quiere?

—Es que eso ya lo sabes, Caperucita. Wolf te besó.

—Eso no importa.

—Sí, sí importa. Pero seguro que aparece, no nos pongamos en lo peor antes de tiempo. Manos a la obra, tengo que enseñarte a montar.

Caperucita se dejó guiar por su amiga Bella y salió de la cabaña de la abuelita al encuentro de Pegaso, que estaba atado a un árbol. Se encontraba tranquilo mientras las esperaba. A su lado, había una silla de montar.

—Ensíllalo —le pidió Bella.

—Nunca he ensillado a un caballo.

Bella suspiró, aun así, comprendió a su amiga y no perdió la paciencia con ella.

La princesa, mientras ensillaba a Pegaso y ataba las correas de la silla, le explicaba a su amiga cada paso que daba. A ella le resultaba algo de lo más sencillo; es más, pensaba que quizá no hiciera falta ninguna demostración ni explicación para hacerlo, pero si su amiga las necesitaba, no sería ella quien se las negara.

—Ahora desensíllalo y después vuélvelo a ensillar.

Cape asintió con la cabeza e hizo lo que Bella le pidió. Le salió a la primera.

—¡Bien! —exclamó Bella contenta—. Ahora quiero que te acerques a él y le toques el morrito.

—¿Que haga qué? —Cape parecía asustada.

—Créeme, tirarte desde ahí arriba te dará más miedo que tocarle el morro



a Pegaso. ¡Tiene que conocerte! Si no, me temo que pondrá problemas para que lo montes.

Cape resopló mientras refunfuñaba para sí.

No obstante, acercó su mano en un primer momento y tocó el rostro del animal. Pegaso no puso resistencia a la caricia de la chica y ella acercó su cuerpo también, pues solamente tenía la mano estirada.

Pegaso le dio un breve empujoncito en el hombro con su morro y Cape sonrió.

—Le gustas —le dijo Bella sonriendo también—. Es hora de montar.

Al principio, montaron ambas encima del caballo para que Bella pudiera enseñarle correctamente a dirigir las riendas. Y, después de aquello, cuando Cape hubo controlado las direcciones, practicaron juntas los diferentes ritmos.

A Cape cada vez le fascinaba más lo que estaba haciendo y se esforzaba por aprender rápido para poder ejecutar el plan.

A continuación de aprender los ritmos, Bella le enseñó cómo poner a Pegaso a dos patas y acto seguido tirarse a la hierba de forma voluntaria.

Tras practicarlo unas cuantas veces, a Cape la caída le salió perfecta.

Pasaron todo el día con Pegaso y, cuando se hizo la hora de cenar, Bella decidió marcharse a casa.

Cape entró en la cabaña y, tras cenar de forma rápida algo ligero, se dio una ducha y, de forma inminente, entró en su habitación. Pensaba dormir desde el minuto uno que apoyase su cabeza en la almohada. Estaba exhausta.

Pero cuando se disponía a meterse dentro de la cama, unos golpes de nudillos en la ventana de su habitación la sobresaltaron.

El corazón de la chica comenzó a latir de manera desbocada. ¿Quién estaba golpeando su ventana? ¡Dios mío!

Fuera de la cabaña solo había oscuridad y no alcanzaba a identificar la silueta de lo que fuera que estuviera en el exterior.

¿Qué hacía? ¿Iba hacia la ventana y la abría? ¡No! ¡¿Y si era algo peligroso?! Pero... ¿Y si no? ¡Wolf!

En ese momento no pensó las consecuencias y abrió la ventana. Su corazón se encogió al ver de quien se trataba.

—Ya creía que no abrirías esta maldita ventana.

—Y yo creía que no volvería a verte —le dijo ella fingiendo enfado con los brazos en jarras.

—He tenido... cosas que hacer, Capuchita.

—¿No tienes otra excusa, Wolf?

—De momento es lo único que te puedo decir —le dijo él.

A Caperucita le pareció que su rostro denotaba cierta tristeza.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

Él la miró a los ojos. Los suyos eran tan verdes como la hierba y los de ella tan claros como la miel. Conectaron por un segundo, pero él no tardó en bajar la vista.

—Sí, es solo que... no me gusta tener que ocultarte cosas.

—¿Ocultarme cosas?

—Sí.

—Pues... no lo hagas.

—Es necesario.

—¿Por qué? ¡Cuéntamelas!

—No es tan fácil. No puedo. Aún no.

—¿Aun? Wolf... ¿Significo algo para ti? ¿Por qué me besaste?

—No puedo creer que me lo estés preguntando.

—¿Eso tampoco me lo puedes decir?

—Sí, claro que te lo puedo decir. Mira... necesito aclarar ciertas cosas y, una vez lo haya hecho, entonces podré darte todas las explicaciones que quiera. De momento solo te voy a decir que yo no voy por ahí besando chicas ni beso a cualquiera.

Los ojos de la chica brillaron y su corazón se infló de amor. ¿De amor? De amor, efectivamente.

—Tengo que marcharme, amor.

¿Había dicho amor?

—De acuerdo... —Caperucita agarró la mano de aquel guapo y misterioso chico y bajó la mirada hacia las baldosas de su habitación.

—Ey... mañana por la mañana tengo que ayudar a la abuelita con las malas hierbas.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí, nos veremos en el desayuno —le dijo con una blanca sonrisa. ¿Acaso todo lo tenía perfecto?

—Bien —le contestó Cape sonriendo también.

—Hasta mañana, Capuchita —se despidió Wolf mientras le revoloteaba el pelo.

Ella se rio y apartó su mano dulcemente.

Wolf ya se había dado la vuelta y se alejó. O eso suponía Caperucita cuando, de nuevo, volvió a escuchar su aterciopelada voz:

—Creo que se me olvida algo.

—¿El qué?

Pero Wolf no volvió a pronunciar palabra, simplemente la besó. La besó como nunca la habían besado. Un beso apasionado lleno de secretos; lleno de respuestas y preguntas no mencionadas, mudas; lleno de esperanza y, sobre todo, lleno de un amor del que ninguno era consciente al cien por cien.

Pareció dejarla atontada, pues una vez Wolf dejó de besarla y se fue, ella seguía parada delante de la ventana abierta de su habitación, con las mejillas arreboladas, los ojos brillantes, los labios rojos e hinchados y una sonrisa tonta en su rostro feliz.

A la mañana siguiente se levantó radiante después de haber dormido toda la noche como un bendito bebé.

¡Era el día! ¡Ejecutaría su plan y Wolf se le declararía! ¡Ahora sí que

estaba segura! Aunque, si estaba segura... ¿Debería seguir adelante con el plan?

Sí, rotundamente sí. Necesitaba escuchar de los labios de aquel chico que la tenía loca un «Te quiero» destinado a ella.

Cape intentó tranquilizarse y pensar con claridad cada acción que ejecutaría desde el momento en que terminaran de desayunar y Wolf llegase para ayudar a la abuelita.

Aun así, se tomó la leche y las tostadas hecha un manojo de nervios. Cuando terminó y, aprovechando que Wolf todavía no había llegado y que la abuelita estaba adecentando la casa, se metió en el baño y se lavó los dientes.

Para sosegar, se humedeció un poco la nuca con agua fría.

Había llegado el momento, Wolf acababa de llegar, escuchaba su voz desde el cuarto de baño.

A partir de ese instante, saldría del baño y, acto seguido de la cabaña, saludaría al joven e informaría a la abuelita de que montaría un rato a Pegaso poniéndole alguna excusa. Una vez encima de Pegaso, provocaría que se pusiera a dos patas y ella se tiraría a tierra pegando un grito improvisado tal y como había estado practicando con Bella durante todo el día anterior.

Vale, parecía sencillo. No sería la primera vez que lo haría pero sí la definitiva. La prueba de fuego.

Tendría que probarse a sí misma, tendría que demostrarse que sabía luchar por amor y por lo que en ese momento deseaba, que era el amor de Wolf.

Salió del baño y descubrió que la abuelita ya estaba en el exterior de la cabaña charlando con Wolf.

Decidida, fue al encuentro de ambos.

—Buenos días —dijo sonriente.

—Buenos días, cielo —le contestó su abuela.

Cape buscó la mirada de Wolf y la encontró fijada en la suya. Brillaba.

—Buenos días, Capuchita.

—¿Nunca te aprenderás mi nombre?

La abuelita cabeceó, divertida. Y comenzó a caminar sobre la hierba hacia otra dirección. ¿Acaso quería dejarlos a solas?

—Tendrás que enseñármelo.

Eso había sonado mucho a propuesta indecente, pero Caperucita tenía un plan que ejecutar y no podía, por el momento, pararse a pensar en esas cosas, así que siguió con lo planeado.

—Iré a montar un poco a Pegaso, necesita correr —informó a Wolf—. Díselo a mi abuela.

—A propósito del caballo... ¿Qué hace aquí?

—Pues es de un amigo de Blanca que... se ha ido de viaje, sí. Entonces necesitaba que alguien lo cuidase y como a mí me apetecía aprender a montar...

¿Por qué se le daba tan sumamente mal mentir? Aun así, pareció que la mentirijilla había colado.

—Ah, genial. La verdad es que es muy bonito. Te dejo, tengo que ayudar a tu abuelita.

Acto seguido, guiñó uno de sus preciosos ojos y se marchó detrás de la anciana.

Bien, paso uno completado. Ahora, a por el paso dos: montar a Pegaso y fingir la caída.

Cuando se aproximó al caballo, hizo todo lo que Bella le había enseñado, desde acariciarle el morro para saludarle hasta, después de haberlo ensillado, verse montada en él.

Vaya, tenía agujetas del día anterior. No importaba, tenía que llegar al final del plan.

Caminó un poco al paso montada en Pegaso, después al trote y, por último, le instó a que el cuadrúpedo galopara.

Para disimular, pasó varias veces galopando cerca de donde se encontraban Wolf y la abuelita arreglando los jardines.

Cuando hubo dado unas cuantas vueltas, decidió que había llegado el momento de fingir la caída. Aproximó a Pegaso hacia ellos, lo instó a que se pusiera sobre sus patas traseras y se tiró de él aterrizando en la hierba con un golpe seco y un grito proveniente de su garganta.

Intentó cerciorarse de si algo le dolía. No. Todo en orden. Perfecto. Se mantuvo tumbada en la verde hierba y, por el rabillo de uno de sus ojos, vio aproximarse a Wolf con el corazón desbocado y el rostro desencajado.

¡Bien! Ahora, debería aguantar unos instantes con los ojos cerrados y sin moverse para ver la reacción de Wolf.

Cuando este llegó, el temblor de sus manos dejó al descubierto que estaba asustado.

La abuelita entró corriendo en la cabaña de nuevo para ir a buscar no sé qué cosa de la que Wolf no se enteró, pues se le habían paralizado hasta los sentidos.

¿Qué era lo que acababa de suceder? ¿Era real? ¿Caperucita estaría viva?

Caperucita sentía las manos de Wolf zarandear su cuerpo y escuchaba su voz entrecortada llamándola. ¿La estaba llamando por su nombre? Sí, le estaba diciendo Caperucita en vez de Capuchita, que es como la llamaba siempre.

Un regodeo de satisfacción le recorrió el estómago y pensó en abrir los ojos para que se calmara y viera que no le había pasado nada malo. No obstante, quiso disfrutar del momento un poquito más. Wolf estaba asustado, le importaba lo que a ella pudiera sucederle y eso solo podía significar una cosa: la quería. Eso, o al menos, le gustaba.

Instantes después, decidió que lo que estaba haciendo no estaba bien. Ya había visto la reacción de Wolf, ya se había cerciorado de que sentía algo por ella. Debía poner fin a la situación.

Pero, cuando estaba a punto de abrir los ojos y conseguir la calma del joven, este dijo algo que ella llevaba esperando días:

—Capuchita, por favor, despierta... dime que estás bien, grítame por no saber decir tu nombre como siempre haces. Te quiero, por favor...

Acto seguido, Caperucita abrió los ojos.

—¡Dios! ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Ella sonrió tímidamente.

—Estoy bien, ha sido solo una caída. Repite eso.

—¿Te duele algo?

—No, eso no. Lo otro.

Wolf sonrió aliviado y la luz de sus ojos volvió a brillar en ellos.

—Te quiero, Capuchita. Te quiero desde el día que te arrinconé entre aquellos árboles. Dime que no te duele nada, por favor.

La joven sonrió. Aquellas palabras sonaron en sus oídos como música celestial acompañada de ángeles atléticos y buenorros.

Ya podía venir a pedirle la mano el mismísimo Brad Pitt, que ella siempre

acabaría eligiendo a Wolf. La abuelita y la Bruja Piruja tenían razón: Genius no era su amor verdadero y por eso la dejó. Aquello tenía suceder para que Wolf entrara en su vida y la colmara de felicidad y amor.

El chico la ayudó a levantarse y Caperucita se espolsó las briznas de hierbas que se habían adherido a su ropa mientras Wolf recuperaba a Pegaso de las riendas y la abuelita se acercaba con un vaso de agua y una toalla.

—¡Mi vida! —exclamó la abuelita—. ¿Estás bien? ¿Te has hecho algo?

—Estoy perfecta, abuelita. He perdido el control de Pegaso por un momento y no he sabido mantenerme sobre él. No me he hecho nada —le dijo mientras cogía el vaso de agua que le tendía y se restregaba la cara con la toalla.

—¿No necesitas que llamemos al médico? —propuso Wolf, quien había conseguido calmar a Pegaso y atarlo de nuevo al árbol.

—No, estoy perfecta —le contestó Cape. Y pareció que el joven se calmó del todo con aquella afirmación.

Por orden de la abuelita y de Wolf, Caperucita entró dentro de la cabaña y se sentó en el sillón colocado junto a la chimenea. Las brasas de la noche anterior aún despedían calor y se estaba en la gloria.

Aprovechando que se encontraba sola, decidió contarles a sus amigas cómo había ido la ejecución del plan por el grupo que todas tenían en WhatsApp.

—Chicas, el plan ha dado resultado —les escribió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Bella.

—¿Te ha profanado la chirla? —cuestionó Blanca.

—¡Cuenta, cuenta! —la animó Ceni.

—Mucho mejor que eso... me ha dicho que me quiere.

Y tras eso, muchos corazones de emoticono.

—¡Lo sabía! ¿Ves como tenía razón? —le dijo Blanca.

Caperucita sonrió involuntariamente. En el fondo, sabía que resultaría, pero también es verdad, que en su interior una parte de ella albergaba un miedo atroz a que él no le dijese aquello que tanto ansiaba escuchar.



Parecía mentira que ya hubiera pasado un mes desde aquel día, ese en el que Wolf le reveló sus sentimientos a Caperucita. Desde ese momento, en pocas ocasiones estuvieron separados el uno del otro.

Era demasiado que se quedara a dormir en la cabaña o, al menos, eso decía la abuelita, así que nunca lo hacía. En cambio, sí pasaban juntos el rato hasta las tantas de la noche a solas en diferentes lugares.

Salían a pasear, iban a algún sitio a tomar algo, él la ayudaba a estudiar las asignaturas que le habían quedado pendientes...

Y, aun así, aunque Cape tenía que estudiar para poder aprobar esas asignaturas pendientes, siempre sacaba tiempo para estar con su chico.

—Salgamos a dar un paseo —le prepuso él una tarde.

—¿Ahora? Estoy estudiando, Wolf... necesito aprobar esto como sea antes de que llegue fin de curso. Si no, tendré que pasarme las mejores vacaciones hincando los codos. Y no pienso desperdiciar así el verano si puedo aprobar antes.

—Vaya, así que eres responsable y todo... —dijo él tirando de sus manos para levantarla del sillón donde estaba sentada.

—¿Lo dudabas? —le preguntó ella pícara.

—Mmm —fingió que pensaba—. No, la verdad es que no.

Caperucita soltó una carcajada y lo miró a los ojos.

—Venga, solo será un rato. Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

—Ajá —afirmó él.

La chica se dejó convencer para dar aquel paseo por los labios carnosos y dulces de Wolf, que la besaron de manera tierna.

—Quédate aquí un minuto —le dijo a la entrada del camino de piedra, una vez hubieron salido de la cabaña.

Cape asintió y vio cómo Wolf se alejaba unos metros, cerca de los árboles del camino del bosque.

Instantes después, lo vio aparecer con un caballo negro, grande y majestuoso.

Sin poder remediarlo, corrió hacia el lugar donde se encontraban.

—¿Qué significa esto? —le preguntó emocionada.

—Capuchita... te presento a Khan, es el caballo de mi amiga Mulán. Se lo pedí prestado para que saliéramos a dar un paseo. Sé lo mucho que te gustan los caballos a raíz de conocer a Pegaso —le explicó.

La chica, ilusionada y llena de amor por Wolf a partes iguales, se lanzó a sus brazos para darle un cariñoso abrazo.

Wolf la ayudó a subir encima del caballo, después subió él y recorrieron el bosque a lomos de Khan cabalgando hasta que llegaron a un claro.

Una vez allí, bajaron del caballo y, fue entonces, cuando Caperucita reparó en una bolsa marrón de cuero que Khan llevaba atada en uno de los lados.

Wolf la cogió y después de abrirla, sacó de dentro una sábana vieja y algunas provisiones. Fruta, gominolas... hasta una botella de champán.

—¡Menudo festín! Hay que reconocer que te lo montas bien —le dijo Caperucita divertida mientras observaba sentada en aquella sábana cómo Wolf sacaba todo lo de la bolsa y lo disponía a su alrededor.

—Bueno, me apetecía algo distinto. —Y le regaló una de sus bonitas sonrisas.

Dieron cuenta de las diferentes frutas y Caperucita le agradeció que hubiera reparado en traer fresas, pues era su fruta preferida.

—Te conozco más de lo que crees, amor —le susurró con media sonrisa al oído.

Un placentero escalofrío recorrió el cuerpo de la joven. Miles de mariposas revoloteaban en su estómago cada vez que sentía a Wolf tan cerca.

Estaba claro que eso era amor. Amor y... tensión sexual no resuelta.

¿Sería ese el momento idóneo para solucionar aquello?

Los besos dulces de Wolf en su cuello le dieron la respuesta. Nunca se imaginó que la primera vez que hiciera el amor con Wolf fuese en un lugar como aquel, pero la chica sentía que tenía que hacer caso a su corazón y dejarse llevar.

Y así lo hizo. Dejó que Wolf la besara en cada centímetro de su cuerpo de manera dulce y pausada a veces y, apasionada y vehemente, otras.

Tocó cada resquicio de su piel intentando que la suavidad que desprendía

se quedara grabada en las palmas de sus manos para siempre. Inhaló ese aroma a bosque que tanto lo caracterizara para acordarse de por vida de su dulzura.

Le quiso y se dejó querer por él.

Una vez lo sintió dentro, Wolf se encargó de que rozase las nubes de placer en cada embestida. Lo sentía dentro duro y expectante a cada uno de sus movimientos.

Ese joven sabía lo que hacía, sabía exactamente qué pasos dar para que la chica se sintiera cómoda en cada momento.

Sabía hacerlo bien y eso era indiscutible.

—¿Esto también lo habías planeado? —le susurró Caperucita apoyada sobre su pecho.

—No —le contestó él besándole la frente.

Caperucita sonrió para sí. Eso era buena señal, le hubiera preocupado bastante que la hubiera llevado a aquel lugar solitario y precioso solo para conseguir que ella se acostara con él.

—Deberíamos vestirnos —le propuso ella incorporándose—. Tengo un poco de frío.

Él sonrió de medio lado y la imitó.

—Ojalá te tuviera así todos los días.

Caperucita se ruborizó.

—Algún día —le dijo para acto seguido sacarle lengua, divertida.

Wolf sonrió y alcanzó su camiseta con una mano. Fue entonces cuando Caperucita reparó en el collar que colgaba del cuello del chico.

—¿Y ese collar? Nunca te lo había visto. ¿Lo llevabas antes?

—Siempre lo llevo por dentro de la camiseta, es que nunca me habías visto sin ella, amor —le contestó.

—Cierto. Déjame verlo.

Caperucita se acercó a él y cogió el colgante que pendía del cordón negro que adornaba el cuello de Wolf.

—Es la cabeza de un lobo.

—Sí —le dijo él, mirando hacia otro lado.

—Es bonito.

—¿Te gusta?

—Mucho. —Le sonrió dulcemente.

Entonces el chico se apartó un par de centímetros de ella y se quitó el collar.

—Para ti, entonces. Te lo regalo —le dijo tendiéndoselo—. Así, siempre te acordarás de mí.

Ella lo miró a los ojos por un instante y sonrió ampliamente.

—¿De verdad? ¡Muchas gracias, es precioso! Pero no me hace falta esto para pensar en ti cada día —le dijo mientras se lo ponía.

—Estás preciosa —le dijo un instante antes de volver a besar los labios sonrosados de Cape.

Pocos días después, Cape seguía con las mejillas arreboladas y una sonrisa tonta en la cara. Parecía que ese sano semblante que se le quedó después de haber estado con Wolf a solas y haber hecho el amor aún no se le había quitado.

Tenía ganas de sorprenderle como él la había sorprendido a ella. Quería proponerle algún plan, que él viera su iniciativa de querer estar juntos. No precisamente tenía que acabar igual que la última vez que salieron, pero le apetecía estar con él a solas.

Caperucita estaba encantada. No sabía que se podía ser tan feliz estando enamorada. Porque lo estaba, aquello era amor, amor de verdad. El amor que la unía a Wolf era amor verdadero. Ella así lo sentía. Y sabía que tenía razón.

Siempre estaba de buen humor y eso todas las personas de su alrededor lo notaban. Su abuelita se lo decía cada día y le recordaba una y otra vez lo buen chico que era Wolf; sus amigas le reprochaban su buena cara a causa del sexo y los besos que se profesaban; incluso Piruja se veía obligada a aparecer ante ella con sus ¡PAF! aunque Cape no la necesitara.

La chica sentía que todo iba sobre ruedas. No veía ningún fallo en su relación con Wolf. No atisbaba nada que pudiera importunarlos ni pudiera hacerles daño.

Nada, hasta que le propuso su plan.

—¿Qué tal si salimos a dar una vuelta? —le preguntó mientras observaba cómo el chico cortaba las ramas feas de un rosal.

No le contestó, siguió concentrado en el rosal.

—¿Te apetece que tomemos un chocolate caliente?

Wolf seguía sin pronunciar ninguna palabra, incómodo. Caperucita empezó a preocuparse.

—Ey ¿Te sucede algo? Te estoy hablando.

Le tocó el brazo para llamar su atención y, por fin, Wolf la miró.

—No, tranquila. Estoy bien.

Ella sonrió y volvió a la carga:

—¿Vamos entonces y tomamos ese chocolate? Yo invito, he vendido unas cuantas prendas por eBay.

—Mira, Capuchita... lo cierto es que voy a estar unos días liado.

—¿Y eso? ¿Te ha salido algún trabajo?

—Eh... sí, eso, eso es. Tengo un trabajo que hacer. Lo siento, amor.

Un instante después de darle esa respuesta, dejó el rosal y se fue caminando hacia la cabaña mientras se quitaba los guantes y dejaba a Cape allí.

La chica parpadeó varias veces antes de reaccionar y echar a andar detrás de él.

¿Qué había sido aquello? Estaba un tanto extraño ¿No?

¡PAF!

—Querida.

Caperucita dio un respingo.

—¡Ay! Piruja me has asustado.

La Bruja Piruja soltó una risita que hizo sonreír también a la joven.

—¿Qué sucede?

—Algo no me huele bien, Piruja.

—Ya veo.

—Está raro. No comprendo qué es lo que le puede suceder. Me ha dicho que está bien pero... no sé.

—Déjale su espacio, Cape. Todos necesitamos en algún momento estar con nosotros mismos.

Eso hizo reflexionar a la chica.

—Supongo que sí.

—Hazme caso, déjale su tiempo a solas. Verás cómo vuelve a ti y está como siempre.

—Eso espero —le contestó la chica en un susurro.

—Estate tranquila, cielo —le dijo acariciando uno de sus brazos arriba y abajo—. Nos vemos pronto.

¡PAF!

Piruja desapareció, pero la incertidumbre y el hastío de Caperucita se hicieron más fuertes en su interior.

¿Qué le pasaba a Wolf? Porque estaba claro que le sucedía algo, no había

podido engañarla. Wolf no sabía decir mentiras y de eso Caperucita se había percatado.

Le había mentado, ella sabía de sobra que el motivo de su comportamiento no era ningún trabajo.

¿Qué narices le estaba ocultando?

Caperucita se estrujaba el cerebro intentando pensar en los motivos por los que Wolf se comportaba de aquel modo. Durante varias horas estuvo así en la cabaña, silenciosa y pensativa.

Hasta que, de pronto, las tripas se le empezaron a remover y dio un respingo sobre sí misma.

¿Habría otra? ¿Ese podía ser el motivo? No, no, no. Aquello no podía ser, seguro que se trataba de otra cosa. Fijo que era una tontería y ella estaba preocupándose demasiado por algo que no tenía la menor importancia.

Pero... y si... ¡No! Aquello no podía pasarle a ella. Se negaba, se negaba a que Wolf estuviera con otra. Se negaba a que besara los labios de otra y a que hiciera el amor con otra.

Su relación se basaba en el amor verdadero y el amor verdadero no oculta nada. ¿O sí?

Pasados esos días en los que Wolf le dijo a Caperucita que estaría ocupado, volvió a la cabaña.

La chica había estado estirándose de los pelos, literalmente, sin saber qué pensar acerca de ese asunto mientras la abuelita intentaba en vano tranquilizarla y conseguir que dejara de preocuparse.

Pero la verdad era que eso pinchó esa burbuja perfecta en la que ella había resguardado la idealización de su relación con el joven.

No entendía nada y la explicación, que él le dio y que le repitió una y otra vez cuando volvió a la cabaña y hablaron, no le servía de nada.

Necesitaba más. Necesitaba una verdad que ella pudiera creer.

—¿Quieres que hagamos algo esta noche? Es sábado —le propuso él. Lo cierto es que estaba preocupado, se había cerciorado de que Caperucita no se había tragado la excusa del trabajo y de que, si la desconfianza acechaba sobre ellos, su relación corría peligro.

¿Pero qué podía hacer? Aun consideraba arriesgado contarle la verdad de aquel asunto a la joven.

¿Y si se asustaba? ¿Y si dejaba de quererlo? No, aquello no lo podía permitir. Así que solo le quedaba hacer que toda aquella situación fuera lo más fácil posible para los dos. Debía normalizarla. Ir hacia delante. Después ya se vería todo.

—He quedado con las chicas —le contestó ella un poco seria.

—Ah... —consiguió articular él.

—¿Te molesta?

Su tono cada vez era más ácido. ¿De verdad Wolf se merecía ese comportamiento por su parte?

¡PAF!

—No seas tan borde, mujer...



Caperucita puso los ojos en blanco. Aun así, debía disimular. Solo ella podía ver a la Bruja Piruja, dado que era su conciencia.

—Proponle que se vaya contigo, verás cómo acepta. No seas mala y dale una segunda oportunidad.

—De acuerdo —le susurró de manera apenas audible.

—No, no me molesta. Es solo que... me apetecía estar contigo.

—Bueno, si quieres puedes acompañarnos... así te las presento, aún no conoces a mis amigas.

—¿A ti te apetece que vaya?

—Venga, Cape... si sabes que te mueres por estar con él, dile que sí —le insistió Piruja.

—Claro —le dijo intentando mostrar su sonrisa más sincera. En el fondo sí le apetecía estar también con él.

Wolf se marchó con la excusa de arreglarse y le dijo que después de cenar pasaría a buscarla para ir juntos al pub donde habían quedado con Blanca, Ceni y Bella.

Por su parte, Caperucita avisó a sus amigas de que esa noche iría acompañada por Wolf y las tres se pusieron muy contentas de conocer al famoso chico misterioso, que era novio de su amiga.

Aquella noche, Cape se puso una falda de tubo negra ajustada y una blusa blanca. Se calzó sus botitas de tacón y ultimó su *look* con la capa roja.

Wolf la esperaba fuera de la cabaña y, tras despedirse de la abuelita con un beso, salió al exterior.

Durante el camino no hablaron demasiado, pero las pocas palabras que compartieron fueron amables y las manos de ambos entrelazadas eran una buena señal para que todo volviera a la normalidad lo más pronto posible.

Una vez estuvieron los cinco ante la puerta del pub donde pretendían pasar un buen rato, llegó el momento de las presentaciones.

—Chicas, este es Wolf, mi novio —les dijo Cape a sus amigas para después soltar el aire que había estado conteniendo sin querer lentamente. Estaba nerviosa.

Sus tres amigas sonrieron y Blanca añadió un repaso visual de arriba abajo a Wolf.

—Wolf, estas son Blanca, Bella y Ceni —le dijo a este.

Wolf mostró una de sus bonitas sonrisas y saludó a cada una de las chicas con dos besos.

—Sí que huele deliciosamente a bosque —le susurró Bella a Cape

mientras levantaba el pulgar y Wolf saludaba a Ceni.

Cape se rio tímidamente y añadió:

—¿Entramos? Tengo ganas de pasármelo bien.

Sus cuatro acompañantes asintieron y se adentraron en el pub.

La música ya estaba bastante alta y las luces de neón se reflejaban en sus contentos rostros.

—¿Te pido una cerveza? —le preguntó Wolf a Cape.

—¿Me harás mañana el desayuno cuando me encuentre mal? —le preguntó ella poniendo ojitos.

Wolf chasqueó la lengua contra el paladar y le dijo:

—Sabes de sobra que sí. Pediré otra para mí.

—Que sean tres —añadió Bella.

—Cuatro —apuntó Ceni.

Todos miraron a Blanca.

—¿Acaso es necesario que lo diga? ¿Cuándo rechazo yo la cerveza?

Aquello hizo reír a los cuatro mientras Blanca, divertida, negaba con la cabeza-

—En seguida vuelvo —susurró Wolf en el oído de Caperucita.

Ella, a modo de respuesta, le dio un beso.

—Tortolitos... nada de magreos delante de mí que me pongo celosa —dijo Blanca pícara.

Tras soltar una carcajada que despertó las mariposas del estómago de Cape, Wolf fue a la barra a pedir las cervezas.

Todo marchaba bien, como siempre, y eso era genial.

Se bebieron esa primera ronda que trajo Wolf y después dos más. Ya estaban listos para bailar.

—¡Me encanta esta canción —exclamó Cape al escuchar las primeras notas.

Estaba sonando *Déjate llevar* de Juan Magán ft Belinda, Manuel Turizo.

—¡Vamos a bailar! —exclamó Caperucita arrastrando a Wolf de la mano hacia la pista de baile.

*Y ahora trata, trata de descontrolarme, suelta, suelta, pierde los modales.*

*Sientes el subidón.*

*Tu cuerpo me mata, mata, no hay quien te pare, falta, falta, un hombre que sabe cómo amarte.*

Las manos de Wolf acariciaban la cintura de Caperucita mientras se

contoneaban pegados el uno al otro al ritmo de la canción.

*Sólo quiere bailar sola, dejar lo malo atrás, ahora nadie te controla, no te hará daño jamás.*

*Solo quiere bailar sola, sé que te hicieron mal, seré quien te salve ahora, baby, dejáte llevar.*

—*Baby, dame una señal y ahí estaré* —le cantó Cape al oído, consiguiendo que el vello del chico se erizara.

Como respuesta, Wolf besó de forma vehemente su cuello. Tanto, que acabó en un pequeño mordisco que desencadenó pequeñas punzadas del placer en el bajo vientre de la chica.

Siguieron bailando un par de canciones más hasta que Wolf vio a alguien entre el gentío que le cortó la respiración.

Nunca, jamás, podría haberse imaginado que aquel tipo le siguiera tan de cerca. ¿Qué hacía en un pub si no? Estaba claro que estaba persiguiéndole. Y no pararía hasta dar con él.

¿Debería enfrentarlo? Estaba claro que en algún momento tendría que hacerlo. De no ser así, aquella situación jamás tendría fin.

Comenzó a sonar *Besos en guerra* de Morat ft Juanes.

Wolf se quedó quieto.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Caperucita.

—¿Por qué no nos vamos?

—¿Qué?

—Quiero irme, Cape.

*Dos besos son demasiado, y un beso no bastará*

*Y aunque adviertan al soldado, si está enamorado en guerra morirá.*

—Pero... ¿Por qué? ¿Qué es lo que te pasa?

—Necesito salir de aquí.

Cape entrecerró los ojos y le miró inquisitivamente.

—¿Otra vez con tus absurdos secretos?

*Ya no tienes que cuidarme porque yo siempre he sabido que tus besos matan.*

*Que tus promesas riman con dolor, que eres experta en robarle latidos a mi corazón.*

*Y tú, nunca juraste que saldría ileso, ya no te atrevas a pedir perdón, yo te confieso que no me arrepiento, y aunque estoy sufriendo podría estar peor.*

—¿Absurdos secretos? ¿Qué te parece de absurdo que quiera irme a casa?

—Pues yo no quiero irme.

—Cape, te lo digo en serio. Quiero salir de aquí.

—¿Has tomado drogas del País de las Maravillas?

—¿Qué? Pero ¿qué tonterías estás diciendo?

—¡Ah! ¿Ahora digo tonterías?

*Sabiendo que tus besos matan, moriré de amor.*

—Sí, las estás diciendo. Te estoy pidiendo por favor que nos vayamos.

*Sabiendo que tus besos matan, moriré de amor.*

—Y yo te he dicho que no quiero irme.

—Hablo en serio.

—Yo también.

*Sabiendo que tus besos matan, moriré de amor.*

—¿Es tu última palabra?

Caperucita asintió con la cabeza.

*Para mí nunca fue un juego, para ti fue un beso más y si hoy vuelves a mi vida, no es que estés perdida, no es casualidad.*

Wolf le dedicó una última mirada y se fue perdiendo entre la gente mientras Caperucita lo observaba sin tener demasiado claros sus pensamientos.

¿Tendría que irse con él? Pero ¿es que él otra vez había vuelto a los ocultamientos! ¿Qué narices le había ocurrido de repente?

No, a ella no le correspondía aclarar esto por mucho que le doliese que él se estuviera marchando así.

*Ganaré la guerra para conquistarte, no quiero admitir que te vas, que te vas.*

*Ganaré la guerra para conquistarte, no quiero admitir que te vas, que te vas.*

*Yo perdí batallas por nunca aceptar que no eras fácil de olvidar.*

Por un momento, sintió el deseo irrefrenable de salir tras él, pero Blanca le pidió que la acompañase al baño y consiguió digerir aquel mal trago del que Wolf fue partícipe.

Cuando se cansaron de bailar, decidieron volver a casa y Cape caminaba cabizbaja por el camino.

Iba ensimismada pensando en lo que había pasado. Se arrepentía de no haberse ido con Wolf. ¿Qué le habría sucedido? Quizá si ella le hubiese apoyado, si le hubiese demostrado que estaba ahí para ayudarle en todo lo que necesitase, no estarían en esa situación.

Seguro que él decidía romper con ella y no le extrañaba. Había sido una egoísta.

Iba tan pendiente de no romper a llorar en cualquier momento que no escuchó los pasos de alguien que venía en su dirección ni vislumbró la figura que tuvo en frente en pocos segundos.

La joven se sobresaltó cuando casi se da de bruces contra el cazador.

—¿Dime dónde está!

—¿Qué? —le preguntó asustada—. No entiendo.

—Oh, sí. Sí entiendes. Entiendes perfectamente de qué te estoy hablando.

—De verdad que no.

Fue entonces cuando se percató del collar que pendía del cuello de Caperucita.

El cazador lo cogió y se lo arrancó de cuajo, dejando la piel de la joven lacerada.

—Eso es mío. Devuélvemelo.

—Dime dónde está y te lo daré.

—¿Dónde está quién? Por favor, no sé de quién me estás hablando. Dame el collar, me lo regaló mi novio —le explicó al borde de las lágrimas.

—¿Lo quieres?

Caperucita asintió tímidamente, estaba verdaderamente asustada. Aquel hombre le daba miedo.

—Cógelo —le dijo ácidamente mientras tiraba el collar al suelo.

Caperucita se agachó para recogerlo y el cazador le dio un fuerte golpe en la espalda con una de sus manos.

Caperucita gritó de dolor y del susto que le dio aquel impacto, pues para nada se esperaba que aquel hombre llegase a golpearla.

—¿Qué estás haciendo? ¡Yo no te he hecho nada!

—¡No pararé de golpearte hasta que me digas dónde está ese animal!

—¡Eh! —una voz masculina los sobresaltó a los dos.

Wolf caminaba a grandes zancadas hacia ellos. El cazador sonrió maliciosamente y dejó de golpear a Caperucita, quien estaba dolorida tirada en el suelo.

—Un solo golpe más y te mato —le dijo entredientes pegado a su cara.

—¿Wolf? ¿Qué haces aquí?

—Ir a buscarte. No pensaba dejar que volvieras sola con esta alimaña suelta por ahí.

—¿Alimaña? Yo soy un humano. ¿Puedes decir tú lo mismo? A propósito, ya no necesito golpearla más para que me diga tu paradero, te he encontrado.

Caperucita creyó no haber escuchado bien. No obstante, Wolf se quedó callado, parecía petrificado.

El cazador, quien desviaba su mirada de uno a otro, pareció comprender y sonrió de forma envenenada.

—Vaya, vaya, vaya... intuio que tu querida Caperucita no sabe nada.

—¿Nada de qué? —preguntó la aludida con la cabeza a punto de estallar. Por suerte, no había bebido más de tres cervezas y bailando había quemado casi todo el alcohol. Tenía la mente lúcida, pero su cerebro daba vueltas intentando comprender y atar cabos.

Entonces, dejó de escuchar la conversación que Wolf estaba manteniendo y casi a la velocidad de la luz, las piezas del puzle comenzaron a encajar.

Aún tenía su puño apretado en torno al collar de Wolf. Abrió su pequeña mano y descubrió aquel colgante con la cabeza de un lobo.

—Capuchita... puedo explicártelo —la voz rota de Wolf hizo que desviara la vista del collar.

—¿Eres...?

En un abrir y cerrar de ojos, Wolf cambió su atlético cuerpo de suave piel por el de un majestuoso y oscuro lobo de ojos verdes.

El cazador los miró a ambos, triunfante.

—¿... El lobo?

—¡Bien, querida! ¡Ni yo mismo podría haberlo descrito mejor!

Wolf la miró con sus ojos verdes entristecidos enmarcados en aquella preciosa cara lobuna. Su apariencia era la del lobo, pero sus ojos seguían transmitiendo la misma admiración y amor por ella.

Caperucita se levantó rápidamente, obviando el dolor de su espalda, y se encaró, sacando todo el valor que fue capaz, al cazador.

—¿Por qué lo quieres cazar? —su voz sonaba firme, pero por dentro sentía que en cualquier momento se desvanecería de nervios y miedo.

El cazador soltó una carcajada que le dio verdadero repelús y se acercó a ella.

Wolf comenzó a gruñir de manera estremecedora.

—¡Cuán tierna es esta escena! —se mofó mirando al lobo. Acto seguido, centró su mirada en la chica y siguió hablando—: Lo quiero cazar porque es su destino. Además, me está robando algo que es mío.

—¿El qué? ¿Qué te está robando? —le preguntó ella.

—La esperanza de vencer al destino.

En ese momento, Caperucita reaccionó. Pero el cazador fue más rápido e intentó clavar su cuchillo en el lomo de Wolf.

Wolf intentó esquivarlo dándole un gran mordisco en el hombro, pero aun así, ambos salieron heridos.

Caperucita no se había sentido más asustada en su vida que cuando vio al cazador clavarle el cuchillo a Wolf.

El lobo, dolorido, aulló de forma estremecedora y cayó a tierra. Jadeaba y Caperucita se acercó corriendo a él.

Por su parte, el cazador se desplomó en el camino con el hombro en carne viva y sangrando.

—¡No! ¡Estás equivocado! ¡Del destino no se puede escapar! —le gritó la chica armándose de valor nuevamente y acercándose a él.

Poco a poco, vio cómo el cuerpo del cazador cogía otra forma; vio su semblante cambiar y su rostro menguar mientras se transformaba en otro ser.

Caperucita, presa del pánico por lo que estaba observando, agarró rápidamente la escopeta que llevaba en la espalda el cazador y lo apuntó directamente.

—No es posible... —articuló sin poder creerlo.

—No contaba con que tu querido lobo me atacase... pensaba cargármelo de un plumazo de esa escopeta.

—¿Genius?

El aludido se levantó. No había ni rastro del mordisco de Wolf.

—¿Por qué se ha curado tu hombro?

—Porque ese cuerpo no era mío.

—¿Qué tienes contra él? —volvió a preguntarle sin dejar de apuntarle.

—Sabía que vuestros destinos estaban entrelazados desde que empecé a salir contigo. Tenía que convertirme en el cazador para poder evitarlo y cambiar el destino —le explicó.

—Estás loco —le dijo mientras pronunciaba las palabras con un odio que



nunca imaginó que pudiera sentir por alguien—. Nunca, jamás, habrá nada que pueda separarme de él. Tú lo has dicho, estamos destinados a estar juntos.

Le lanzó una mirada furtiva a Wolf, quien seguía en el suelo, respirando con dificultad.

—¿Ni siquiera el hecho de que sea un hombre lobo?

—Las apariencias engañan. Él es mucho más hombre de lo que lo serás tú jamás

—No creo que llegue a ser hombre, me atrevería a decir que en unas horas estará muerto, si es que aguanta tanto.

La furia se apoderó de la joven y colocó sus dedos en el gatillo.

—¿Vas a matarme? —Genius soltó una risotada burlona—. Sabes de sobra que no eres capaz, te faltan agallas. Siempre has sido tan... débil. Tu lobo ya está cazado, querida, baja esa escopeta.

—¡No vas a cazar a mi lobo! —le dijo lentamente, palabra por palabra.

Acto seguido, disparó. La bala impactó en el corazón de Genius y este cayó al suelo fulminado. Cuando su cabeza rebotó contra la tierra, ya no respiraba.

Con manos temblorosas, tiró la escopeta al suelo y corrió junto a Wolf mientras lloraba a lágrima viva.

Todo aquello había sido por su culpa. Si se hubieran marchado a casa cuando Wolf se lo pidió nada de aquello hubiera sucedido.

Se arrodilló junto al lobo y volteó su gran cabeza para poder mirarlo a los ojos.

—¿Sabes que ser tan peludo te sienta bien? Estás muy guapo —le dijo mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Wolf le dio un suave y tierno lametón en una de sus manos y aquello la hizo reír.

—Te pondrás bien —le susurró mientras apoyaba la cabeza en él y enterraba la cara en su suave pelaje, manchándolo de lágrimas saladas.

Transcurridos unos minutos en esa misma posición, Caperucita se percató de que el pelaje de Wolf ya no le hacía cosquillas en la nariz.

Su forma humana había vuelto otra vez y ella tenía la cabeza apoyada en su pecho.

—¿Wolf?

—Sí, Capuchita...

—¿Estás bien?

—Tengo la espalda algo entumecida... —le dijo intentando incorporarse.

—¡No! Tu herida.

—¿Qué herida?

Caperucita lo miró sin comprender.

—¿Nunca te han dicho que las lágrimas de amor verdadero curan heridas que no deberían estar ahí? Mi destino no era salir herido, amor. Mi destino era estar junto a ti de por vida.

Un apasionado beso borró cualquier marca de llanto en el rostro de Caperucita, pues incluso con los labios ocupados, no pudo evitar sonreír entre los labios de Wolf, su lobo. Su precioso lobo.

Llegaron caminando con los brazos entrelazados hasta casa de la abuelita. La anciana, al igual que las veces anteriores, estaba despierta esperando.

—¿Ya estáis aquí? ¿Queréis un vaso de leche? ¡Uh! ¡Chicos! ¿Estáis bien? Estáis un poco pálidos.

—Abuelita, tenemos que hablar —le dijo Wolf.

La abuelita asintió y ambos tomaron asiento cerca de la chimenea. Wolf y Caperucita le relataron lo sucedido a la abuelita, quien cada dos por tres se llevaba las manos al pecho o a la boca.

—Algún día tendría que pasar... —añadió ella al final del relato.

—¿Tú lo sabías? ¿Lo sabías y nunca me lo has contado? —le preguntó Caperucita indignada y dolida a partes iguales.

—No me pertenecía a mí hacerlo, cielo. Tenía que hacerlo Wolf.

—Pero ¡tú dijiste que sería bueno para mí aun sabiendo que es un hombre lobo! —exclamó Caperucita. Acto seguido se arrepintió en cuanto su mirada se encontró con la de Wolf, quien demostraba en ella que aquello le había dolido.

—¿Y acaso no lo es? —le dijo la abuelita.

Wolf se quedó callado con la vista fija en el suelo y la abuelita comprendió en seguida que su nieta le había hecho daño con sus palabras.

—Cielo, las apariencias engañan.

—Eso lo tengo muy claro y aprendido, abuela, créeme.

—Conozco a Wolf desde que era un crío. Sus padres le abandonaron cuando vieron que no era un niño corriente como todos los demás. Lo abandonaron en el bosque, Cape.

—Ya es suficiente, abuelita —le pidió Wolf.

Pero la abuelita no hizo caso de sus súplicas, sabía que contarle aquella historia a su nieta era rotundamente necesario.

—Y yo le ayudé hasta que una tribu de personas como él, una tribu de hombres lobo lo acogió y le ayudó a controlar sus transformaciones. Es inofensivo, no atacaría ni a una mosca. Y es así porque tiene el corazón limpio y puro. Como tú, Cape. Por eso lo elegí para ti, por eso te hablé de él. Quizá así te olvidaras del idiota ese que te abandonó por hacer atrocidades como lo que os ha intentado hacer.

—Abuelita, basta. La comprenderé si no quiere estar conmigo, está en su derecho.

—Eso no va a suceder —habló por fin Caperucita—. No me importa cómo seas, yo te quiero, Wolf. Y sé que mi destino está ligado al tuyo.

—¿Hablas en serio?

La abuelita, en ese momento, decidió que mejor sería dejar a su nieta a solas con aquel maravilloso chico.

—Por supuesto que hablo en serio. Yo te quiero tal y como eres, igual que tú a mí. Y eso nadie lo puede cambiar.

Wolf sonrió.

—Te aviso que en verano doy mucho calor cuando me transformo.

—Correré ese riesgo —le dijo ella mientras le tendía el collar para que se lo volviera a poner.

—Conmigo nunca estarás en riesgo, nunca te haría daño —le dijo él mientras acariciaba la suave piel del cuello de la muchacha una vez le hubo puesto el collar.

—¿Nunca?

—Jamás.

—¿Entonces no voy a tener que correr ningún riesgo?

—Bueno, quizá... el riesgo de que te coma a besos —le dijo él riéndose mientras la cogía de la cintura con ambas manos.

—¿Y lo harás mucho?

—Lo haré mejor.

Caperucita se mordió el labio inferior, juguetona, y acto seguido besó a su chico en los labios.

# EPILOGO

---

## *Semanas después*

Caperucita entró corriendo dentro de la cabaña. Estaba eufórica. Wolf y la abuelita la esperaban haciendo un pastel de chocolate.

—¿Y bien? —le preguntó el joven mientras se chupaba un dedo manchado de cacao.

—¡He aprobado! ¡Yujuuuuuu!

—¡Lo sabíamos! ¡Sabíamos que aprobarías! —exclamó el chico cogiéndola y levantándola por los aires—. ¿A que sí, abuelita?

—Pues claro que sí —le dijo su abuelita sonriendo mientras se acercaba a la chica—. Enhorabuena, bichito. Eres la mejor —le revoloteó el cabello y le besó la coronilla.

Caperucita sonrió sonrojada y radiante. Estaba feliz de haber aprobado esas dos asignaturas pendientes.

Por fin todo marchaba a la perfección, como ella quería. Sus estudios estaban en orden, su página de ventas New Vintage en eBay iba viento en popa y con Wolf cada día se encontraba más cómoda y mejor.

Después de esperar junto a la chimenea a que el pastel se hiciera en el horno y probar un trozo cada uno, Wolf y Caperucita salieron a correr por el bosque.

Y es que ellos disfrutaban del deporte de una manera especial. Corrían, sí, pero Caperucita sentada a lomos de Wolf.

Y disfrutaba como pocas veces lo hacía. Su pelo ondeando al viento por la velocidad, sus manos agarradas al suave pelaje de Wolf, el olor a bosque que se impregnaba en sus fosas nasales permitiéndole respirar mejor. Era como un sueño.

No, mejor dicho, era como en SU sueño. Caperucita entendió que si sueñas

con fuerza y pones empeño, los sueños pueden hacerse realidad.

Cuando se cansaron de correr, Wolf tomó su apariencia humana y se sentaron sobre la hierba.

—Eres impresionante. ¿Lo sabes? —le dijo Wolf.

—Habla el hombre lobo —le contestó ella con una sonrisa.

—Nunca terminaré de agradecerte lo que hiciste por mí.

—No podía dejar que te cazara.

—Así que... me has salvado.

—Así es y... así que, tú eres el lobo. ¿Me equivoco?

Wolf se rio.

—Vaya, vaya... qué ojos tan grandes tienes... —le dijo Caperucita mientras se posicionaba frente a él, a escasos centímetros.

—Son para verte mejor.

—Y... qué orejas tan grandes tienes... —le dijo reprimiendo una dulce carcajada.

—Son para oírte mejor.

—Y tus manos... qué grandes son —le susurró mientras las acariciaba.

—Sí. Son para... tocarte mejor —le contestó él mientras la agarraba de la cintura y la pegaba a su cuerpo, haciendo que Caperucita, notase su dura erección presionándole.

—Y tu boca...

Wolf la devoró de un beso, lamiendo, mordiendo y succionando de forma sutil los labios de Caperucita.

—Es para comerte mejor.

—Hazlo, lobo. Cómeme mejor —le pidió.

—Auuuuuuu —aulló él haciéndola reír—. Deseo concedido, Caperucita.

## AGRADECIMIENTOS

Normalmente suelo extenderme. Me deshago en palabras vanas con las que me lleno la boca y hago felices a mucha gente por ver su nombre en mi libro. He decidido que eso no me gusta, las personas que verdaderamente me ayudan y apoyan no esperan que su nombre esté aquí, no les importa, no lo hacen por eso.

El camino que ha transcurrido desde que escribí las primeras palabras hasta que puse el punto final de la historia de Caperucita ha sido corto en tiempo pero largo en intensidad. Para mí ha sido todo un reto, pues yo nunca antes había escrito algo juvenil y romántico, más bien suelo escribir erótica, me sale solo. Así que transformar un cuento tradicional en novela corta y, además, juvenil, para mí ha sido complicado.

Pero me gustan los retos y este puedo ponerlo en la lista de logros conseguidos.

Quiero dar las gracias a mis chicas de Chick Book, porque sin su ayuda y apoyo esto no habría salido tan bien. Gracias por dejaros la piel como si se tratase de vuestra propia historia. La unión hace la fuerza. ¡Mucho bacon!

Mi familia y Fran son mis grandes apoyos en esto y en todo lo que sucede en mi vida.

No hay palabras para agradecer tanto.

Las personas de mi alrededor que me han ayudado y apoyado saben de sobra quienes son y no me exigen escribir su nombre aquí. Gracias, amigas mías.

A todos mis lectores, vuestra magia hace que mis historias cobren la vida que se merecen. Todo lo que hago es por vosotros.

# Otros títulos Chick Book

---

**Corazones a medida** – Desiree Cordero

**Un vaquero leal** – Tess Curtis

**Sin Alas** – Andi Cor

**Wrap it** – Abril Ethen

**Un vaquero de ojos verdes** – Tess Curtis

**Ni conmigo ni sin mí** – Nina Minina

**Una salchicha muy viva** – Nina Minina

**¿Viernes o te vas?** – Nina Minina

**Alicia en el país sin wifi** – Nina Minina

**Un vaquero atormentado** – Tess Curtis

*Próximamente...*

**Algo tan estúpido estupendo como el amor** – Nina Minina